

LOU CARRIGAN

300.000 AÑOS EN GLOBO


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

300.000 AÑOS EN GLOBO

Colección LA HUELLA n.° 105
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 36690-1976
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición en esta Colección: noviembre, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

La casualidad es la madre de la aventura, sin duda alguna.

Por ejemplo: a lo mejor va un señor cualquiera y un día decide lanzarse al mundo a correr aventuras. Esto es, que inicia un viaje que posiblemente va a ser muy largo… Puede que vaya a las Islas Hawái, puede que vaya a Alaska, puede que vaya al Polo Sur…, pero por mucho que viaje y por mucho que la busque, quizá no encuentre nunca esa apasionante aventura que está deseando.

Pero vamos ahora a suponer que la casualidad se cruza en el camino de ese mismo señor.

Si la casualidad se va a cruzar en su camino, ni siquiera hace falta que emprenda un viaje. Simplemente, un día cualquiera en su lugar de residencia, puede ir tranquilamente por la calle y, de pronto, se pone a llover.

La lluvia es evidentemente una cosa muy corriente y abundante. Nadie se sorprende, nadie se pasma por el hecho de que llueva.

El señor que está a punto de tropezar con la casualidad de llover, comienza a mojarse y se dice que bien puede perder unos minutos cobijándose en un portal hasta que pase la lluvia. Entra en ese portal de una calle cualquiera, que a lo mejor está solamente a cien o doscientos metros de su domicilio de toda la vida, y entonces encuentra ahí un paraguas.

¡Caramba!, se dice el buen hombre ¡Un paraguas! ¡Esto sí que es tener suerte! Inmediatamente, agarra el paraguas y se dispone a salir con él a la calle, abrirlo, y continuar su camino ya guarecido de la lluvia, pero… ya tenemos en marcha a la casualidad. Podría darse el caso de que el paraguas hubiese sido dejado allí, momentáneamente, por una persona que está en uno de los pisos del edificio, cometiendo un asesinato. Y que ha dejado el paraguas

abajo a fin de no dejar huellas de agua en el piso al que entra para matar a su víctima, ya que quizá las manchas de agua podrían orientar a la policía respecto a la hora del crimen. Lógicamente, si hay esas manchitas de agua que pueden proceder de un paraguas, significa que el asesino no sólo llevaba paraguas, sino que, lógicamente, llegó cuando estaba lloviendo.

Claro, si estaba lloviendo a las cinco de la tarde, significa que buscarán al asesino entre las personas que a esa hora no pudiesen presentar una coartada, o bien que a las cinco de la tarde hubiesen sido vistas en las proximidades del lugar donde se ha cometido el asesinato.

Esto como ejemplo.

Un ejemplo ciertamente muy sencillo, pero que sirve para demostrar que la casualidad es la madre de la aventura. Y qué duda cabe de que para el señor que encontrase el paraguas sería toda una aventura que en el momento en que agarra el paraguas y se dispone a salir con él a la calle, él notase unas pisadas precipitadas y, al volver la cabeza, ve a un hombre bajando a toda prisa y que al verlo a su vez a él, da media vuelta y regresa aún corriendo más escaleras arriba.

Nuestro hombre posiblemente se sorprendiera, pero la sorpresa durará poco, abrirá el paraguas y se marchará con él, pero es más que posible que el asesino lo vigile, y que a partir de ese momento empiece para nuestro hombre toda una peligrosísima aventura en la cual la víctima va a ser él, puesto que el asesino quiere eliminarlo porque es la única persona que a las cinco de la tarde lo vio perfectamente en el edificio donde se ha cometido el asesinato en cuestión.

Bueno, pues algo así le ocurrió cierto día a Milton Blackman.

Milton Blackman, norteamericano por más señas, era un muchacho rubio de ojos claros, rostro de facciones angulosas y, en general, de buena planta y una cierta complexión atlética.

¿Más cosas de Milton Blackman? Bueno, se podría añadir que vestía bien, que había asistido a los cursos de cualquier Universidad, en Estados Unidos y que actualmente Milton era escultor.

Era un tipo con un notable aspecto deportivo, pero escultor a fin de cuentas. Un hombre puede ser un magnífico artista y, al mismo

tiempo, tener una musculatura impresionante.

Y aunque éste no era el caso concreto de Milton, ya que su musculatura no era ni mucho menos exagerada, sí resultaba un tipo más bien interesante, con su media estatura, sus largas greñas rubias, su rostro viril.

Tan interesante resultaba Milton Blackman que aquella muchacha que pasaba ante él, agarró tal pasmo, que se dio de narices contra un sujeto que llegaba en dirección opuesta y portando un portafolios.

Aquí empezó todo.

Un simple choque entre dos personas que nada tenían que ver con Milton Blackman, decidió, o digamos mejor, puso en marcha el futuro decisivo del escultor norteamericano.

Había estado una buena temporada en Italia y en Francia visitando museos y tomando muy buena nota de las grandes obras maestras de la escultura. Aquel día, en el aeropuerto de Niza, Milton estaba esperando que saliese el avión que le llevaría a París para desde allí proseguir viaje de regreso a Estados Unidos.

Pero apareció la casualidad y con ella la aventura.

La muchacha que pasó por allí, encontró tan atractivo a Milton que continuó caminando, volviendo la cabeza para no perderlo de vista. Frente a ella llegaba el sujeto del portafolios, que, casualmente, también en aquel momento volvía la cabeza, pero no distraído, sino para mirar uno de los relojes del aeropuerto.

Y entonces se produjo el choque.

Un choque bastante más violento de lo que parecía normal, pero es que al producirse, en aquel mismo instante, el hombre volvía la cabeza hacia delante. Entonces, su barbilla dio con terrible fuerza en la frente de la muchacha, que lanzó un gemido y cayó hacia atrás, quedando sentada en el suelo. Contra toda lógica, pese a su indudable mayor fortaleza, el hombre salió perdiendo. Debido al golpe que él mismo se dio en la barbilla con la frente de la muchacha, quedó semiaturdido, de modo que cayó hacia atrás golpeándose con fuerza en la cabeza, con lo que su aturdimiento casi llegó al desvanecimiento.

Alrededor de los protagonistas de tan tonto suceso, comenzaron a oírse exclamaciones y grititos y, por supuesto, numerosas personas acudieron en ayuda de las víctimas de aquella casualidad.

Una de las personas que acudió presurosamente y solícito fue Milton Blackman. Por supuesto, su tendencia natural le impulsó a ayudar a la muchacha. Llegó junto a ella, se acuclilló y le tomó el rostro entre las manos mirándola directamente a los ojos.

—¿Está usted bien? Quizá sería conveniente que quedara tendida unos minutos, señorita.

—No, no —tartamudeó la muchacha—, estoy bien, gracias. Permítame ayudarla a ponerse en pie —se ofreció Milton.

Así lo hizo. Tomando uno de los brazos a la joven, la ayudó a ponerse en pie, escrutando su rostro con evidente interés y solicitud. Mientras tanto, otras personas habían llegado junto a ellos y también junto al sujeto desvanecido.

De entre todas aquellas voces que hablaban a la vez, Milton Blackman, sin saber por qué, prestó mayor atención a una que decía:

—Menos mal que no se ha roto nada, según parece.

Milton volvió la cabeza y vio cerca del hombre al que ya estaban sentando en el suelo, su portafolios. Estaba abierto y en el suelo, junto a él, se veían objetos de uso personal que pueden encontrarse en el portafolios de cualquier hombre y que otro estaba recogiendo y poniendo dentro de aquél. Pero el que había hablado era el sujeto que estaba acuclillado y que sostenía con sus dos manos una escultura hecha con arcilla y cuyo tamaño no debía ser superior a los treinta o treinta y cinco centímetros.

Era una preciosa sirena que dejó a Milton Blackman completamente estupefacto.

Se acercó a aquel hombre, se inclinó, le quitó la figurilla de las manos y se quedó mirándola completamente embelesado, sin hacer el menor caso del otro que le dirigió una mirada más bien furibunda.

—¡Santo cielo! —murmuró Milton Blackman—, después de todo este tiempo dando tumbos por Europa, voy a encontrar aquí el estilo que andaba buscando.

Sí, señor. Aquí estaban bien claramente definidas las líneas que él, Milton Blackman, había querido siempre modelar con sus dedos, y que, hasta la fecha, no había podido lograrlo. Y no había podido lograrlo, por la sencilla razón de que su inquietud personalísima, le impedía ver con claridad cuál tenía que ser su propio estilo

escultórico. Ninguna de las formas conocidas hasta el momento le satisfacía para desarrollar su propio estilo creativo. Y ahora allí, en el pequeño busto de aquella sirenita de arcilla, Milton Blackman había encontrado esa dulzura de líneas, ese toque especial que él andaba buscando sin saber concretamente, pero que siempre había presentido que tarde o temprano lograría.

Estaba tan embobado contemplando la sirenita, que quedó como hipnotizado cuando una mano se la arrebató bruscamente, casi con violencia.

—Haga el favor de devolverme la estatuilla.

Milton regresó rápidamente a la realidad y dirigió una hosca mirada al sujeto que le había arrebatado la figurita. Era, por supuesto, su propietario, es decir, el hombre del portafolios que tan solícitamente atendido por muchas personas, se había repuesto rápidamente y estaba de pie ante él, contemplándole con una dureza que desconcertó a Milton.

—No pretendía quedármela, ni mucho menos —protestó el joven escultor—. Solamente estaba admirando su estilo.

—Bueno, pues ya lo ha visto bastante.

—Bien, bien, no —refunfuñó Milton—, pero no voy a discutir con una persona tan desagradecida y brusca como usted. Todo lo que quiero saber, es de donde procede esa estatuilla.

—¿Por qué demonios le interesa esto? —Gruñó el sujeto.

—¿Y a usted por qué demonios le importa el porqué me importa a mí? —Gruñó, no menos desabridamente, Milton Blackman.

—Mire, amigo, ¿sabe qué le digo? —Gruñó el otro—, que se vaya usted a tomar… un refresco al bar del aeropuerto.

—¡Oiga, espere, por favor! —Agarró Milton de una manga al sujeto—. ¿Qué puede perjudicarle a usted decirme de dónde procede esta estatuilla? Sólo dígame dónde la ha comprado o quién es el artista… y no me diga que el artista es usted.

—¡Váyase a la mierda! —explotó el individuo.

Dicho esto se abrió paso entre los asombrados curiosos que asistían a la inesperada escena, después de haber ayudado tanto al sujeto grosero como a la guapa jovencita que de nuevo se había quedado embobada contemplando a Milton Blackman.

Éste se acercó a la muchacha, le puso la punta del dedo índice en la punta de la nariz y apretó.

—*Mog, mog* —imitó el sonido de la bocina.

La muchacha respingó y sus ojos se abrieron mucho, como si aún quisiera contemplar más a Milton.

—¿Qué…, qué pasa?

—Pasa que hay que pasar con más cuidado, jovencita. A juzgar por el carácter de ese caballero, más vale que ponga tierra de por medio, porque si recuerda que puede estar enfadado con usted lo va a pasar verdaderamente mal. Así que despierte y emprenda el vuelo.

Dicho esto, y sin vacilación alguna, Milton Blackman partió en pos del sujeto grosero que caminaba presurosamente llevando en la mano derecha el portafolios cerrado, y en la izquierda, sujetándola fuertemente, la pequeña sirenita de líneas envidiables, a juicio de Milton Blackman.

Éste efectuó una maniobra que dejó realmente pasmado al otro sujeto. Lo primero que hizo fue sacar del bolsillo de su chaqueta una pequeña cámara fotográfica de las más simplificadas, pero, al mismo tiempo, eficaces, que podían encontrarse en el mercado; adminículo que, durante todo su viaje, le había sido Utilísimo para tomar fotografías de toda clase de esculturas y en todas partes.

Lo mismo iba a suceder en esta ocasión.

La maniobra de Milton Blackman fue rapidísima. Rebasó al sujeto en cuestión, se colocó delante de él y justo cuando el otro se detenía de pronto, verdaderamente pasmado, Milton Blackman alzó la pequeña cámara fotográfica y tomó su fotografía.

El sujeto propietario de la estatuilla quedó blanco como la leche.

—¡Oiga! —gritó—. ¿Qué está usted haciendo?

Milton Blackman se acercó a él, se le puso muy muy cerca y acercando aún más, finalmente, su boca a una de las orejotas del otro tipo, le dijo confidencialmente:

—Acabo de regresar de la mierda, y ahora me voy a toda prisa porque todavía huelo mal. ¡Adiós, amigo!

Se dispuso a marcharse, en efecto, pero el otro dejó rápidamente el portafolios en el suelo y asió a Milton de una manga.

—Oiga, usted no tiene derecho a tomarme fotografías.

—No tengo derecho y, además, tampoco tengo tan mal gusto. A quien he tomado la fotografía ha sido a la sirenita. Usted no me interesa en lo más mínimo, pero ella sí.

—¿Por qué le interesa esta sirenita? Murmuró el otro, todavía pálido.

—¿Qué me da si se lo digo? —sonrió irónicamente Milton, desasiéndose con suavidad de los dedos del otro.

—Oiga, amigo, ésta es una escultura que he comprado en Niza para regalársela a mi mujer cuando llegue a casa. Esto es todo. ¿Por qué tiene usted tanto interés por ella?

—¿Dice que la ha comprado en Niza? —Frunció el ceño Milton.

—Sí… Así es, en efecto.

—Bueno, pues muchas gracias, querido y grandioso amigo mío. Hasta la vista…, si es que tengo la mala suerte de volverme a tropezar con usted alguna vez.

Milton se alejó del sujeto, que se inclinó, recogió el portafolios y pareció dispuesto a partir en pos de Milton. Estaba entre desconcertado y asustado.

Entonces aparecieron los otros dos sujetos.

El de la sirenita los vio y se quedó mirándolos fijamente. Uno de los otros dos le hizo una seña negativa con la cabeza. Fue un gesto apenas perceptible, pero que evidentemente satisfizo al sujeto de la sirenita, el cual hizo, a su vez, un gesto afirmativo y se alejó de allí.

Los otros dos sujetos que acababan de intervenir en la casualidad de la vida de Milton Blackman, estaban contemplando a éste mientras se alejaba. Lo vieron dirigirse a uno de los sillones del departamento de espera y sentarse. Junto a él, Milton Blackman tenía, también, su maletín de viaje, que abrió, y dentro del cual depositó la pequeña cámara fotográfica.

—Aquí bien guardadita, que no vayas a perderte o a estropearte ahora, pues contienes un tesoro.

Milton cerró el maletín, se acomodó en la butaca y se dispuso a seguir esperando que transcurriesen los minutos que faltaban para emprender su viaje a París.

Todo había vuelto a la normalidad y a la calma. Incluso la muchacha bobalicona del gesto estupefacto y maravillado, había desaparecido. Podía ser incluso milagroso que se hubiese resignado a dejar de contemplar al guapo escultor, pero lo cierto era que la chica no estaba allí. Tampoco estaba allí el sujeto grosero de la sirenita.

En cambio Milton Blackman vio a los dos sujetos que se

acercaron a él, se plantaron delante y se quedaron mirándole con unos gestos duros y sarcásticos que le inquietaron y sorprendieron.

—¿Ocurre algo? —murmuró Milton.

—Poca cosa, amigo —dijo uno de los recién incorporados a la aventura de Milton Blackman—. En realidad sólo se trata de que venga usted con nosotros.

—¿Adónde? —se sorprendió Milton.

—Vamos a dar un pequeño paseo. ¿Le gusta a usted el mar?

—Ya lo creo —sonrió de pronto Milton—. Me encanta el mar.

—Pues va a tener usted el grandioso placer de verlo, tan azul, tan bonito, tan lindo… Lo verá usted perfectamente, mientras damos un simpático paseo en automóvil.

—No saben cuánto se lo agradezco —sonrió de nuevo Milton Blackman, de oreja a oreja—, pero la verdad es que estoy esperando…

—Ya no espera usted nada. Lo que va a hacer es venir inmediatamente con nosotros. Y si no lo hace, con la pistola que tengo en el bolsillo le voy a meter tres balas en su rubia cabezota. ¿Está bien claro esto, amigo?

—Y lo mismo le digo yo —intervino el otro—. Tan sólo con que nos haga perder tres segundos más, cuente que las balas que tendrá en su barriga serán, por lo menos, media docena, de modo que elija; o se pone en pie con nosotros, ahora mismo, o se queda sentado en ese sillón con la barriga llena de plomo.

—¿Están hablando en serio? —Casi tartamudeó Milton.

Los dos sujetos movieron la mano derecha, que habían introducido en los bolsillos de sus respectivas chaquetas, y Milton Blackman comprendió el gesto. Muy típicamente a lo gánster, muy quizá pasado de moda, pero siempre muy expresivo.

—Calma, calma… —Se puso en pie rápidamente—. No he dicho que no quiera ir a pasear con ustedes.

—Comience a caminar hacia la salida; luego uno de nosotros se pondrá delante y otro detrás. Todo lo que ha de hacer usted es seguir al que irá delante hasta llegar al coche.

¿Verdad que es fácil de comprender, amigo?

Milton asintió con un gesto. Asió su maletín de viaje y partió en pos de uno de los sujetos, mientras que, efectivamente, el otro se colocaba tras él.

La situación era, por supuesto, inesperada para Milton, pero estaba bien clara. Fuera por lo que fuese, y se tratara de lo que se tratase, estaba en aquellos momentos emparedado entre dos sujetos que iban armados y que, al parecer, no tenían precisamente buenas intenciones para con él.

CAPÍTULO II

Unos minutos más tarde, Milton Blackman y sus dos acompañantes llegaban junto al automóvil de éstos. Uno de ellos abrió la portezuela del volante, introdujo la mano para levantar el pestillo de la izquierda de atrás y se sentó. El otro empujó a Milton obligándole a entrar en la parte trasera del vehículo. Y apenas estuvo sentado Milton en el asiento de atrás, cuando vio al sujeto que se había sentado en el volante, vuelto hacia él y apuntándole con una pistola.

El otro entró rápidamente y también apuntó con su pistola a Milton, colocándola a la altura del vientre del escultor norteamericano.

—Yo me ocupo de este tipejo, Delaselle —dijo el que estaba junto a Milton—. Vámonos de aquí.

—Quizá sería conveniente que avisásemos a Béziers —dijo el llamado Delaselle.

—No —negó el otro—. Béziers debe tomar ese avión a París y luego proseguir el viaje hasta su destino final. Lo único que podemos hacer nosotros, por ahora, es llevar a este sujeto a un lugar adecuado, donde podamos hacerle algunas preguntas.

—Pero si es lo que nos tememos, no parece probable que esté solo, en cuyo caso Béziers estaría en apuros. ¿No te parece?

—No —siguió negando el otro—. Si este tipo no estuviese solo, ya habríamos tenido dificultades. Esto quiere decir que si realmente ha descubierto a Béziers, ha sido él solo y en este preciso momento, pues, de lo contrario, se hubiese traído ayuda para cazar a Béziers, y por medio de él a todos los demás. Como no es así, debemos interpretar que este sujeto está solo y que nadie más sabe nada. En todo caso, si fuese necesario, se le pondría un cable a Béziers al

avión, para que al llegar a París desapareciese inmediatamente con la mercancía.

—Óigame… —intervino Milton—. ¿Se puede saber de qué están hablando ustedes? Porque les aseguro que yo no entiendo nada de nada.

—Cierre la boca si no quiere que se la cierre yo a tortazos —refunfuñó el hombre que tenía Milton junto a él—. ¿Lleva documentación encima?

—Naturalmente.

—Déjemela ver.

—Sí, claro.

—Y cuidadito con lo que saca de ese bolsillo —dijo Delaselle agitando la pistola ante las narices de Milton.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió éste.

Delaselle soltó un refunfuño y no contestó. Milton Blackman sacó su billetera del bolsillo de la chaqueta y la entregó al sujeto que tenía junto a él. El cual la abrió y comenzó a fisgar en su contenido, sacando y volviendo a poner en su lugar tarjetas y billetes. El otro, el que estaba vuelto hacia Milton, preguntó:

—¿Cómo se llama el tipo, Maury?

—Se llama Milton Blackman y es norteamericano.

—Vaya… —Relucieron los ojos de Delaselle—. Eso puede ser muy interesante.

—Ya lo creo que sí. Venga, larguémonos ya de aquí.

Delaselle esperó a que Maury cerrase la billetera de Milton y con un gesto entre duro e irónico la colocase él mismo en el bolsillo interior del escultor norteamericano. Entonces se volvió, puso el coche en marcha y se dirigieron hacia la salida del estacionamiento.

Poco después el vehículo, un «R-12» de color oscuro, rodaba por la autopista en dirección a Niza. Pero no continuaron en ella más de lo imprescindible. Ya muy cerca de Niza, Delaselle sacó el coche de la autopista y tomó una carretera que se iba elevando. En determinado momento, Milton Blackman pudo ver perfectamente Niza, y como venía sucediendo hacía rato, el mar Mediterráneo refulgiendo azul en la distancia.

—Supongo —volvió un instante la cabeza Delaselle— que vamos a la Etoile, ¿no es así, Maury?

—Claro.

—¡Jo, jo!… —rió Delaselle—. Este sujeto, desde luego, no va a poder tener queja alguna de nosotros. Va a tener una muerte de lo más perfumada.

—Sí —rió Maury—, nosotros somos así de elegantes y refinados.

Emitieron los dos su risita de lo más divertida y sarcástica. Risitas que, ciertamente, hicieron estremecer a Milton Blackman, aunque se cuidó muy bien de ocultar la preocupación que sentía.

Mejor dicho, no parecía que estuviese ni siquiera atento a lo que decían sus dos captores. Permanecía impasible mirando hacia el mar, que parecía una enorme gema azul reluciendo a la luz del sol vespertino. Pero mientras tanto, no dejaba de dar vueltas en su cabeza a la situación en que se hallaba, y que para él no tenía sentido alguno. Era lo que suele definirse como algo que no tiene ni pies ni cabeza.

Vagamente, le parecía comprender que el tipo de la sirenita de arcilla se llamaba Béziers. Podía estar equivocado, desde luego, pero él no había tenido contactos ni roce alguno en el aeropuerto con nadie más que con Béziers y con la muchacha que le contemplaba boquiabierta. Ahora bien, si, como suponía, Béziers era el sujeto de la sirenita… ¿qué tenía él que ver con ese fulano y con aquellos dos tipos llamados Delaselle y Maury… y por qué éstos pretendían matarlo, según parecía?

La respuesta, por supuesto, no podía aparecer en la mente de Milton Blackman, ya que éste estaba totalmente desconcertado con respecto a qué era lo que había sucedido; qué casualidad había incidido en su vida para colocarlo en aquella aventura… que podía terminar tan trágicamente.

También era mala suerte, desde luego, caer en las zarpas de dos tipos como aquéllos cuando, por fin, había encontrado el estilo escultórico que toda su vida había presentido y que siempre había estado buscando. Y aparte, naturalmente, a Milton Blackman le encantaba vivir. Como decía un amigo suyo, por lo que es esta vida, más vale no morirse.

Y puestas así las cosas, ¿por qué tenía que morir él? ¿Por qué dos sujetos querían matarlo por algo de lo que él no tenía ni idea?

Inmóvil en su asiento, Milton Blackman desvió la mirada hacia el sujeto que tenía a su izquierda y que continuaba apuntándole con

la pistola.

Muy bien.

¿Qué podía hacer él para salir de aquella situación?

Estaba seguro de que no disponía de mucho tiempo para pensarlo, así que se puso a buscar soluciones a toda velocidad.

Y sólo encontró una solución a su peligrosísimo problema.

El único modo de que Delaselle y Maury se distrajesen de él lo suficiente para que pudiera escapar, era ponerlos en una situación peligrosa. ¿Cuál era su único recurso para poner a ambos sujetos en tal situación?

Milton Blackman no vaciló ni un segundo, una vez hubo tomado la decisión.

Esperó a que llegasen a un lugar adecuado de aquella carretera que ascendía sinuosamente por la montaña, alejándose cada vez más del mar. Y cuando llegaron al punto que a él le pareció conveniente, entró en acción.

Con una rapidez que dejó paralizado a Maury, Milton saltó hacia la espalda de Delaselle, y mientras con el brazo izquierdo le rodeaba la garganta, con la mano derecha asió el volante y dio un brusco giro hacia la derecha.

Para entonces Maury había reaccionado ya, y alzaba la pistola dispuesto a disparar contra la espalda de Milton Blackman. Pero ya no pudo hacerlo porque el coche, sacado bruscamente de la carretera por el giro de volante que le había imprimido Milton Blackman, rodaba ya violentamente ladera abajo, aplastando arbustos y sorteando milagrosamente, y de momento, los primeros pinos que parecían tender una alfombra de verdor en dirección a Niza.

Intentando recuperar el control del volante y metiendo el pie desesperadamente en el freno, Delaselle estaba lanzando por su sucia boca un auténtico torrente de horrendas maldiciones, mientras Maury, intentando agarrarse a cualquier lado del coche, insistía en apuntar con su pistola a Milton Blackman. Pero las sacudidas del vehículo eran tales, que el único que conseguía una cierta estabilidad en su interior era Delaselle, al estar agarrado al volante.

En cuanto a Maury, no se atrevía, ni mucho menos, a disparar, pues la bala podía ir incluso contra él mismo. En cambio, Milton no

tenía ese problema, todo lo que hizo fue abalanzarse con todo su peso y fuerza hacia el rincón del asiento de atrás, donde Maury hacía los posibles por sostenerse y, al mismo tiempo, apuntarle a él. En aquel pequeño rincón, y mientras Delaselle seguía inundando el coche con sus maldiciones, Maury comenzó a pasarlo realmente mal.

Las cosas habían cambiado. Allí dentro la pistola era un arma prácticamente inútil, considerando que las balas podían ir a cualquier parte. En cambio las manos de Milton Blackman, que primero agarraron la ropa de Maury, ascendieron luego con rapidez y seguridad hacia el cuello de éste, donde se cerraron con fuerza.

Maury fue agitado y golpeado de nuca contra la parte posterior del coche, con tal fuerza, que lanzó un grito y soltó la pistola, mientras sus ojos comenzaban a enturbiarse, y en aquel mismo instante, finalmente y con toda lógica, el
«R-12»
chocó de morro, violentamente, contra uno de los pinos.

Hubo un horrible crujir de chapa metálica que se arrugaba, un seco estampido de cristales prensados que estallaban y se esparcían por dentro y fuera del coche como una lluvia de pequeños brillantes y, simultáneamente, Delaselle aparecía por el hueco dejado por el cristal parabrisas y se daba de cara contra el tronco del pino, quedando luego tendido encima del capó.

Dentro del coche, Milton y Maury también vieron resuelto su forcejeo. Por fortuna para Milton Blackman, a su favor. Con el encontronazo, ambos salieron despedidos hacia el asiento delantero, pero mientras Milton, tras chocar de espaldas contra el borde del asiento en cuestión, rebotaba hacia delante y hacia su derecha para quedar tendido, como empotrado, entre los dos asientos, Maury rebasaba el borde del respaldo del asiento de delante e iba a dar de cara contra el salpicadero. Luego, lentamente, fue resbalando de modo que su cabeza quedó metida entre el asiento delantero derecho y el hueco para las piernas y éstas quedaron saliendo por el respaldo del asiento de atrás.

Cuando Milton Blackman consiguió salir de aquella pequeña trampa, se tuvo que agarrar a las abrazaderas laterales del coche para conseguir colocarse en una posición equilibrada. A partir de ese momento, fue fácil tomar el control de la situación. Consiguió

abrir la portezuela trasera derecha, que había quedado más alta que la izquierda, y salió del vehículo.

Lo primero que vio fue a Delaselle caído de bruces sobre el capó, que se iba manchando con unas delgadas estrías de sangre que brotaba del aplastado rostro del frustrado asesino.

No poco impresionado, Milton se asomó al interior del coche y vio el retorcido cuerpo de Maury con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba.

Luego, en la parte de atrás, Milton vio su maletín que se apresuró a recuperar.

De nuevo, fuera del coche, contemplando aquel cuadro en verdad impresionante, Milton Blackman estuvo indeciso, pero en honor a la verdad muy poco, sólo lo justo para comprender que si permanecía allí, dando tiempo a aquellos dos hombres a recuperarse, lo más probable era que lo matasen.

La solución más inteligente era, sin duda alguna, la que tomó el escultor norteamericano: poner pies en polvorosa.

* * *

Hacia las ocho de la noche, Milton Blackman estaba instalado en el discreto hotel George, sito en la rué de France.

En principio, apenas abandonó la montaña por la que había estado viajando en peligro de muerte, y nada más llegar a Niza, Milton había tomado la decisión de quedarse allí. Y no por capricho o por deseos de venganza contra aquellos dos sujetos, sino porque tenía la esperanza de encontrar en Niza el origen de la sirenita que había visto en manos del sujeto llamado Béziers. Si es que no estaba equivocado y, realmente, el tipo aquel del aeropuerto se llamaba Béziers.

Fuera como fuese, Milton Blackman estaba decidido a localizar el origen de la sirenita y si el tipo grosero había dicho la verdad en el sentido de que la había comprado en Niza, Milton estaba dispuesto a encontrar la tienda donde había sido vendida, fuera como fuese. Y, a partir de la tienda, posiblemente podría encontrar al escultor.

El primer problema que tuvo que resolver fue el del alojamiento, pero éste carece de importancia cuando se tiene dinero.

Teniendo dinero que es, realmente, el problema, todos los demás

se van resolviendo con gran facilidad. Así, por ejemplo, suponiendo que un individuo que se presenta en un hotel sin equipaje pueda resultar sospechoso, Milton resolvió esto comprándose en Niza una maleta y algo de ropa en unos elegantes almacenes del *boulevard* Víctor Hugo, lo cual era absolutamente imprescindible, considerando que su equipaje debía estar en aquellos momentos volando hacia París.

Pero esto eran pequeños detalles para un artista.

Lo único que en aquellos momentos importaba a Milton Blackman, era localizar el origen de la sirenita que había visto en el aeropuerto de Niza.

Así pues, se compró ropa, se instaló en un hotel, se aseguró que, pese al choque con el pino, él no había sufrido menoscabo físico alguno dentro del coche, y ya tranquilo a este respecto, decidió permanecer en Niza todo el tiempo que fuese necesario hasta encontrar el origen de la sirenita de arcilla.

* * *

Cuatro días más tarde, Milton Blackman había conseguido su objetivo. O al menos así se lo habían asegurado.

El proceso había sido, en realidad, bastante rápido considerando los datos de que disponía. Pero los datos son o no son útiles según sean manejados o no con eficacia y con inteligencia.

En el caso de Milton Blackman no había problema alguno en este sentido, puesto que era eficaz y le sobraba inteligencia.

El proceso qué realizó hasta que encontró una respuesta alentadora fue el siguiente: Hizo revelar la fotografía de la sirenita que había tomado en el aeropuerto, y acto seguido encargó varias copias ampliadas. Con esas copias se dedicó a recorrer tiendas de artículos de arte, de antigüedades y sitios análogos por toda Niza, mostrando la sirenita y preguntando quién era el autor de la escultura. Parecía que esto fuese descabellado, que no se pudiera conseguir resultado alguno por este sistema, pero lo cierto fue que, finalmente, al cuarto día, Milton obtuvo una respuesta que podía ser la solución a su pequeño problema de encontrar al artista creador de la sirenita.

En una pequeña tiendecita situada en la avenue Villermont, en lo alto de la ciudad, el propietario le dijo que no podía, por

supuesto, estar seguro de quién había hecho la sirenita, pero que todo el estilo le recordaba al que imprimía a sus obras y a sus enseñanzas un hombre llamado Jean Michel Bouthinon. *Monsieur* Bouthinon, según el amable informador de Milton, vivía en el 37 de rué Rossini, muy cerca de la place de Mozart, y era un hombre que había dedicado toda su vida a la escultura y que estaba reconocido como un auténtico experto en Bellas Artes. El amable informador de Milton dijo que había oído últimamente que *monsieur* Bouthinon admitía algunos alumnos en su estudio. Se decía de él que si el alumno tenía auténtico talento, el profesor Bouthinon no le cobraba absolutamente nada por sus enseñanzas. Pero que si el alumno era un caprichoso que se tomaba la escultura como un juego que podía divertirle durante una temporada, el jueguecito le salía verdaderamente caro.

Milton Blackman estuvo de acuerdo con estoy muy satisfecho por lo que ya consideraba el éxito de sus gestiones a la búsqueda de su enseñanza definitiva, regresó a su hotel, pues ya era algo tarde y prefirió dejar la visita al profesor Jean Michel Bouthinon para el día siguiente.

De regreso al hotel, como cada día compró el *Nice Soir* y también, como cada día, lo primero que buscó fue algún artículo o aunque sólo fuese una pequeña reseña sobre el accidente de coche acaecido cuatro días antes. Pero, como en los días anteriores, no había la menor noticia sobre el particular en el *Nice Soir* ni en ningún otro periódico.

Milton tenía la idea de que tanto Delaselle como Maury, finalmente se habrían recuperado del golpe y que habían abandonado el lugar del accidente. Posiblemente debían estar buscándole a él por Niza o quizá vigilando el aeropuerto por si quería marchar.

Pero fuera como fuese, lo segurísimo era que él, Milton Blackman, no pensaba marcharse de Niza sin haber entrevistado a la persona que podía encaminarle a su estilo definitivo como escultor.

Y, al parecer, esa persona era el profesor Jean Michel Bouthinon, que vivía en un estudio del 37 de la rué Rossini.

CAPÍTULO III

El mejor modo de ver la numeración impar de una calle es, precisamente, caminando por la acera de los números par. Así por lo menos lo entendía Milton Blackman, que aquella soleada mañana de verano localizó poco después de las diez el edificio número 37 de la rué Rossini, donde, según referencias, vivía el escultor profesor Jean Michel Bouthinon.

Con la esperanza de haber encontrado realmente a la persona que buscaba para que le orientase en la búsqueda definitiva de su expresión artística, Milton Blackman comenzó a cruzar rué Rossini, a decir verdad, muy distraído por sus propios pensamientos.

Tan distraído que el inesperado y fortísimo sonido musical del claxon trucado de un coche le hizo dar tal brinco que casi llegó de un salto desde el centro de la calzada a la acera de los números impares.

Al mismo tiempo, en el centro de la calle se oía el seco frenazo y cuando todavía Milton, palidísimo aún, no había conseguido reaccionar, le llegó la voz femenina desde el coche.

—¡Oiga! —le increpó la voz—. Si tiene sueño, ¿por qué no se ha quedado en la cama? Milton Blackman recuperó rápidamente su sangre fría y calibró de un solo vistazo la situación. Reposadamente bajó a la calzada y se acercó al blanco descapotable «Ferrari» que estaba detenido en el centro de la calle. Al volante del deportivo automóvil, una preciosa muchacha de largos cabellos negros, grandiosos ojos castaños y boca sonrosada, le miraba con la furia destellando todavía en sus pupilas.

—¿Es a mí? —preguntó, serenamente, Milton.

—¡A usted, que está dormido!

—Mire, nena, es posible que yo esté dormido, pero usted,

conduciendo, tiene menos habilidad que una patata.

—¿Me está llamando patata? —Casi gritó, iracunda, la muchacha.

—Me parece que no, porque con la patata se puede hacer algo —replicó desabridamente Milton Blackman—. Por ejemplo, comérsela. En cambio, con usted dudo mucho que se pudiera hacer algo.

—¡Es usted un estúpido!

—Seguramente —admitió Milton, mirándose, ahora, con displicencia, las uñas—. Pero si tuviera un coche como éste sabría conducirlo, se lo aseguro. Respecto a por qué no me he quedado en la cama, tenga o no tenga sueño, dispongo de una respuesta para usted.

¿Quiere oírla?

—¿Qué respuesta?

—Pues mire, me hubiera quedado en la cama si, por ejemplo, hubiese venido usted a traerme el desayuno.

El escultor norteamericano guiñó un ojo.

—¿Comprende…?

—¡Grosero!

—¡Nena, no se haga la tonta! Usted, desde luego, es una patata conduciendo, pero estoy seguro de que sería una auténtica triunfadora llevando desayunos a la cama a muchachos apuestos y simpáticos como yo.

—¡Estúpido!

—Oiga, decídase. O soy estúpido o soy grosero. Que me parecería demasiada desgracia, por mi parte, ser las dos cosas a la vez.

—Pues lo es. Es estúpido y grosero. ¡Imbécil!

—Y, además, imbécil. —Milton Blackman se llevó las manos a la cabeza—. Será mejor que me separe de usted antes de que me vaya encontrando más defectos. Adiós, patata gruñona.

Dejó de apoyarse en el coche, se inhibió y dio media vuelta regresando a la acera, mientras tras él sonaba la voz de la hermosísima y joven morena:

—¡Cretino!

Sin volverse, Milton Blackman volvió a llevarse las manos a la cabeza, como poniendo al cielo por testigo de su mala suerte en ser

estúpido, grosero, imbécil y cretino. Verdaderamente no era un modo muy agradable de comenzar el día, enterarse de todos estos… pequeños defectos que había acumulado por sólo unos segundos de distracción.

Divertido en el fondo por el pequeño incidente, y pensando que la muchacha del «Ferrari» podía parecer cualquier cosa menos una patata, Milton Blackman entró, por fin, en el edificio número 37 de rue Rossini y se lanzó alegremente escaleras arriba. A decir verdad, considerando que era un artista dotado de gran y auténtica sensibilidad, tenía motivos para estar contentísimo aquel día. La sola visión de una muchacha tan preciosa y encantadora…, aunque mal geniada como la que acababa de ver, era suficiente para alegrar a cualquiera.

El señor Bouthinon vivía en el segundo piso de aquella vetusta casa sin ascensor. Segundos después, Milton Blackman se encontraba llamando a aquella puerta…, que fue abierta muy pronto y apareció en el umbral una mujer de unos cincuenta años, muy pulcramente arreglada y ataviada con un simpático delantal de servicio blanco y azul.

—¿Diga, señor? —preguntó amablemente.

—Entiendo que vive aquí el profesor Bouthinon —murmuró Milton.

—Así es. Pero en estos momentos el profesor está ocupado.

—Bien… ¿Me permitiría usted esperarlo, o vuelvo en otro momento?

—Pase, por favor. Le diré al profesor que tiene visita. Pero me temo que tendrá usted que esperar, señor…

—Blackman… —dijo éste—. Milton Blackman.

La mujer parpadeó varias veces seguidas, evidentemente desconcertada.

—¿Blackman? No me parece un apellido francés.

—Por supuesto que no —sonrió simpáticamente de oreja a oreja Milton—. Es un apellido inglés. Pero tampoco soy inglés, sino norteamericano.

—¿De verdad? —Se pasmó la mujer—. Pues habla usted el francés como si fuera de la mismísima París.

—Sí —admitió, todavía sonriente Milton—. La verdad es que mi elección de idioma la considero bastante acertada. Cuando estaba

estudiando en Estados Unidos me dieron a elegir entre dos idiomas y yo elegí el francés.

—¿Cuál era el otro? —se interesó la sirvienta de Jean Michel Bouthinon.

—El apache.

Por un instante la mujer quedó estupefacta. Luego se echó a reír y le hizo a Milton un gesto para que la siguiera. Los dos abandonaron el vestíbulo y pasaron a una espaciosa biblioteca muy confortablemente arreglada, aunque se notaba cierto estilo antiguo, casi rancio, incluso. La sirvienta señaló uno de los sillones.

—Siéntese, por favor. Le diré al profesor que está usted aquí.

—Bueno, quizá no deba usted molestarlo —la interrumpió Milton—. Pero me gustaría que le diese usted esta fotografía y le preguntase si el estilo con que está trabajada esta sirenita puede ser de su procedencia.

—Se lo preguntare —asintió la sirvienta tomando la fotografía.

Milton Blackman quedó solo en la biblioteca. No se sentó, sino que se dedicó a recorrer el perímetro de la amplia habitación mirando los libros que ofrecían sus lomos desde los abarrotados estantes. Había libros de todas clases mezclados con gran descuido. Pero no así cuando llegó a una de las secciones en que todos los volúmenes se referían a arquitectura en sus muchas facetas y estilos. Allí todo era pulcritud y orden. Evidentemente el profesor Bouthinon era un personaje que sabía centrar su atención en lo que, para él, valía la pena.

Milton Blackman no estuvo solo en la biblioteca ni siquiera tres minutos. Apenas transcurrido este tiempo, se volvió al oír ruido en la puerta. Ésta se abrió y en primer lugar apareció una mujer que dejó maravillado al norteamericano. Debía tener unos cuarenta años, era rubia, de ojos verdiazules, y su belleza era tan espléndida que, realmente, el atontamiento momentáneo de Milton estaba justificado… siempre y cuando matizase admiración, no tontería auténtica.

Detrás de esta espléndida y atractiva cuarentona, apareció un hombre que no tema nada de espléndido ni atractivo. Su edad debía oscilar alrededor de los sesenta y cinco años; era de estatura más bien escasa, delgado y completamente calvo. Para compensar, llevaba una muy bien cuidada y recortada barbita en la que

predominaba la blancura de las canas. Unos lentes de montura metálica redonda daban al hombre cubierto con una bata larga y de color tierra, un aspecto indiscutiblemente intelectual.

—Buenos días… —saludó alegremente este personaje—. Señor Blackman, tiene usted realmente sorprendida a Sophie. Sophie es mi sirvienta… y su sorpresa se debe al sorprendente hecho de que un norteamericano sepa hablar francés como es debido.

Milton se acercó sonriendo hacia el profesor Bouthinon, que le tendió la mano y se la estrechó cordialmente, señalando con la otra a la rubia belleza que le acompañaba.

—Naturalmente, yo soy Bouthinon. Le presento a la señora Marlén. Charlotte Marlén. Estaba solucionando unos pequeños problemas conmigo, cuando Sophie ha entrado con la fotografía y ha dicho que había un norteamericano que sabía hablar francés bien. La señora Marlén no ha podido resistir la curiosidad de conocer a un ser tan extraordinario.

—La señora Marlén es muy amable —sonrió Milton Blackman, inclinándose ante ella—, pero mucho me temo que la sirvienta del profesor Bouthinon ha exagerado considerablemente en cuanto a mis conocimientos y pronunciación del francés.

Charlotte Marlén tendió su mano con la palma hacia abajo a Milton Blackman, sonriendo a su vez.

—Por el contrario —dijo—, me parece que Sophie todavía no ha sabido expresar bien su… habilidad idiomática, señor Blackman.

—Es usted muy amable —dijo Milton, inclinándose sobre la delicada mano, pero sin llegar a tocarla con los labios—. Y muy hermosa, señora Marlén. Si yo fuese un escultor de categoría le pediría que posase para mí. Supongo que en eso, como en muchas otras cosas, el profesor Bouthinon ya se me ha adelantado.

—¡Qué más quisiera yo! —exclamó simpáticamente lean Michel Bouthinon, alzando los ojos al cielo en clarísima súplica—. Pero la señora Marlén no es precisamente una modelo, señor Blackman, sino una alumna. Y bastante aventajada por cierto.

—Bueno… —Movió la cabeza Milton—, a decir verdad, no es nada sorprendente que la señora Marlén sea capaz de crear bellísimas esculturas. Sólo hay que ver su perfección y belleza anatómica para comprender que sus… productos han de ser igualmente bellos.

Charlotte Marlén se echó a reír inconteniblemente, con tal encanto que Milton Blackman quedó pasmado, mientras el profesor Bouthinon frunciendo el ceño preguntaba:

—Joven, ¿está usted seguro de que es norteamericano?

—Por supuesto —asintió Milton—. ¿Qué es lo que le sorprende de ello?

—Pues creo —dijo Charlotte Marlén, todavía riendo— que el profesor está asombrado de que un norteamericano sepa decir cosas tan agradables como usted, señor Blackman.

—Vaya, ¿qué le parece? —Frunció el ceño Milton—. ¿Va a resultar ahora que los norteamericanos tenemos mala prensa en Francia?

—Es usted divertidísimo —exclamó Charlotte Marlén—. Espero que volveremos a vernos por aquí, señor Blackman.

—Si el profesor Bouthinon me admite como alumno, dudo mucho que se me pueda encontrar en ningún otro sitio del mundo durante mucho tiempo, señora Marlén —dijo ya, seriamente, Milton Blackman.

—Entiendo —asintió ella—. Esta fotografía, ¿reproduce alguna de sus obras quizá, señor Blackman?

—No, no. Es una estatuilla que vi hace unos días y la fotografié. Es una historia extraña y un poco larga de contar… y, por otra parte, no vale la pena. En realidad, lo que yo quería saber era si el profesor Bouthinon era el autor de esta estatuilla. ¿Lo es usted, profesor?

Jean Michel Bouthinon movió negativamente la cabeza devolviendo la fotografía a Milton.

—No. Desde luego el estilo es parecido al mío y, posiblemente, ha sido hecha por alguien que ha aprendido escultura conmigo. Pero, desde luego, no la he hecho yo. La persona que la ha hecho tiene, en mi opinión, un sentido artístico digamos muy técnico, pero no lo bastante sensible como para merecer mis más calurosas felicitaciones, desde luego.

—Por lo que usted dice, interpreto que no sabe usted de qué alumno se trata —musitó Milton.

—Desde luego que no. Por otra parte, este tipo de líneas ha sido un tanto deformadas, como si se pretendiese difuminar el estilo, digamos… convertirlo un tanto en anónimo.

—Sí —asintió Milton—. Ésa es también mi opinión. Pero en definitiva, profesor, lo que yo deseaba era encontrar a la persona que había creado originariamente este estilo de líneas sencillas y puras… ¿es usted?

—Si usted ha venido aquí a aprender, y tiene verdaderas cualidades —dijo Bouthinon—, yo puedo enseñarle algo bastante mejor que esta figurita, señor Blackman.

—Bien —dijo el norteamericano—. En lo que respecta a mis deseos de aprender, debo confesar que son muchísimos. En cuanto a si tengo o no cualidades, espero que sea usted tan amable de decírmelo. Llevo algún tiempo viajando por Europa y cuando me disponía a regresar a Estados Unidos me tropecé con esta estatuilla. Hace días que le estoy buscando y por mi parte voy a poner mi máximo interés y esfuerzo.

—¿A qué se dedica usted, realmente? —preguntó Bouthinon.

—¡Oh, me dedico a la escultura, desde luego! Lo que ocurre es que en Estados Unidos he estado un tiempo haciendo trabajos, digamos muy rentables, pero no satisfactorios para mí mismo. Soy un escultor de moda y de cierto éxito considerable allí, pero esto no es lo que me satisface a mí. De modo que en cuanto he reunido una buena cantidad de dinero, me he dicho que había llegado el momento de intentar un perfeccionamiento verdaderamente artístico y que colme mis deseos en ese aspecto.

—Entiendo. Bien… Si usted ha tenido la suerte de ganar dinero ya con un tipo de escultura digamos comercial, no debe reprochárselo en absoluto. Si acaso compadezcamos a quienes han comprado esculturas comerciales. Por lo demás, podemos hablar de sus próximas clases, desde luego. Permítame que acabe de atender a *madame* Marlén y…

—No, no, por favor —protestó la bella y sonriente rabia—. En realidad yo ya había terminado mi pequeña consulta, profesor. Volveré por aquí si vuelvo a tener alguna duda.

—No vacile en hacerlo, por favor, señora Marlén —dijo, amablemente, Bouthinon. Charlotte Marlén tendió la mano a ambos hombres y, cuando Milton estaba inclinado sobre ella, dijo:

—Le deseo mucha suerte en sus aspiraciones artísticas, señor Blackman. Y, a decir verdad, me gustaría llegar a saber qué clase de artista es usted.

—Tendré mucho gusto en mostrarle alguna de mis obras dentro de unos días, cuando el profesor Bouthinon me haya dado las explicaciones necesarias para empezar a trabajar en serio.

Charlotte Marlén volvió a sonreír y dio media vuelta dispuesta a salir de la biblioteca. Bouthinon le hizo un gesto de espera a Milton y salió con la bella cuarentona. Regresó pocos segundos más tarde y señaló a Milton hacia la puerta de la biblioteca.

—Seré mejor que vayamos a mi estudio. Es donde me encuentro más cómodo.

—Lo comprendo —dijo Milton—. Tiene usted un alumnado muy hermoso, profesor.

—¿Se refiere a usted, o a la señora Marlén? —rió Bouthinon.

—A los dos —rió, también, Blackman.

—En ese caso, acepto su definición —dijo Jean Michel Bouthinon, que contemplaba con simpatía al joven norteamericano —. En cuanto a la señora Marlén, es ciertamente muy hermosa. Es viuda y vuelta a casar. Su apellido propio es el de Grée. Quedó viuda de un multimillonario francés apellidado Monestier. Y al poco tiempo se casó con otro hombre más joven que Monestier, pero, al parecer, también considerablemente rico. Por el apellido ya habrá usted comprendido que es alemán.

—Eso estaba pensando —asintió Milton Blackman—. Evidentemente, la bella Charlotte es una dama de gustos muy variados.

Jean Michel Bouthinon abrió la puerta de su estudio y señaló su interior. Milton Blackman entró en el espacioso lugar inundado por el sol que entraba por el techo de puro cristal… y en el acto, tras contemplar aquel mundo lleno de sol y de figuras de mármol, barro y otros materiales, Milton Blackman se olvidó por completo de Charlotte Marlén,

* * *

Charlotte Marlén salió del edificio número 37 de la rué Rossini y se dirigió directamente a donde estaba estacionado el «Ferrari» blanco con la muchacha de los largos cabellos negros al volante. Un instante después estaba sentada junto a ésta, que la miró sorprendida.

—Creí que tardarías más en salir, Charlotte.

—El profesor Bouthinon ya ha atendido mi consulta —replicó Charlotte. Y frunciendo el ceño, pensativa, añadió—: Por otra parte, tenía una visita y he preferido no hacerle perder más tiempo. En realidad, como sabes, desde hace unos días vengo como mínimo una vez para hacerle consultas al profesor y no quiero hacerme pesada.

—Claro que te comprendo —asintió la muchacha.

—Estoy pensando en la visita que tiene en esos momentos el profesor —continuó reflexionando, como preocupada, Charlotte—. No sé por qué, pero es un hombre que me preocupa. Ha llegado mostrando una fotografía de una extraña figura de sirena esculpida en arcilla. Es un norteamericano que habla perfectamente el francés, así que…

—¿Es un tipo alto y rubio, de hombros anchos, pero flaco y que tiene cara de idiota? —refunfuñó la muchacha.

—¿De idiota…? —se sorprendió Charlotte—. Bueno, querida, si estamos hablando del mismo hombre, a mí no me ha parecido que tenga cara de idiota.

—¡Oh, bueno, ya lo sé! —refunfuñó la hermosa joven—. Lo que quiero decir es que es un sujeto grosero e impertinente.

—Tampoco me ha parecido eso —sonrió Charlotte.

—Bueno, pues… no lo sé, pero es un tipo antipático.

—¿Por qué hablas así de él? —se sorprendió Charlotte, riendo—. ¿Te ha ocurrido algo con ese hombre?

—Nada que valga la pena. ¿Qué es lo que te preocupa de él?

—Bueno. —Charlotte volvió a adoptar una expresión preocupada—. Si quieres que te diga la verdad, desconfío de los norteamericanos que hablan tan bien francés. Y mucho me temo que quizá esté preparándole alguna jugarreta sucia al profesor Bouthinon.

—¿Una jugarreta sucia? —se sorprendió la muchacha—. ¿Cómo qué, por ejemplo?

—Hija, Mireille, ¿cómo quieres que yo sepa esto? —exclamó Charlotte—. Simplemente, es una impresión que tengo. Seguramente son tonterías mías, pero me gustaría saber quién es, realmente, ese hombre y dónde podría ser hallado en caso de necesidad. Sí, me gustaría mucho saber dónde para el señor Milton Blackman.

—¿Acaso piensas denunciarlo a la policía?

—Claro que no. Pero ya te digo que, aunque puedo estar equivocada, me gustaría saber dónde encontrar a ese hombre en un momento dado. ¿Tienes muchas cosas que hacer esta mañana, Mireille?

—Pues, no. Ya he ido a la peluquería, he pasado a recogerte a ti… Tenía pensado ir a dejarte en casa, y luego…, si quieres que te diga la verdad, no tenía nada planeado para después.

—¿No te gustaría hacer un poco de detective? —sonrió Charlotte.

—No te comprendo —se desconcertó la muchacha.

—Bien, querida, aunque sólo soy tu madrastra, ya sabes que te quiero sinceramente, de modo que no quisiera exponerte a ningún riesgo. Pero se me estaba ocurriendo que quizá pudieras seguir al señor Blackman para saber dónde se le podría encontrar.

—¿Y por qué tengo que hacer yo semejante cosa? —protestó Mireille.

—Lo haría yo —admitió Charlotte—, pero ya me conoce, hemos estado hablando unos minutos… y no me gustaría que interpretase a su modo el hecho de que yo le siguiera.

—Sí, claro —comprendió Mireille—. Pero si es el mismo sujeto de antes, a mí también me conoce. Claro que no tiene por qué pensar que le sigo para enamorarle, ni mucho menos, pues nuestro contacto no ha sido precisamente amable.

—Por lo tanto —añadió, rápidamente, Charlotte Marlén—, él no podría sospechar que sintieses interés por él, ¿no es así? Y además no tienes por qué seguirlo a la vista, querida. Puedes muy bien apartar el coche de aquí, esperar que él salga y entonces seguirlo adecuadamente. De todos modos, reconozco que seguir a una persona no es tan fácil como lo ponen en las películas.

—Pero se puede hacer —agregó Mireille, adelantando agresivamente la barbilla—. Y si quieres que te diga la verdad, estoy dispuesta a hacerlo. Este tipo antipático se la va a cargar con todo el equipo si, como sospechas, tiene algo que ocultar.

Bueno, no es que lo sospeche, Mireille. Solamente temo, me ha dado la impresión, de que ese hombre quizá estaba tramando algo que podría perjudicar al profesor Bouthinon.

—Está bien —resolvió Mireille—, voy a encargarme de seguir a

ese cretino.

—Gracias, querida.

—Pero si me ocupo de seguirlo a él, no podré llevarte a casa.

—¡Oh!, no te preocupes por eso, pequeña. Voy a ir a pie a hacer algunas compras y luego tomaré un taxi. Ya nos veremos.

—De acuerdo. Y te aseguro que podré decirte dónde para ese tipo.

—Eres un encanto —dijo Charlotte Marlén, inclinándose para besar en una mejilla a su hijastra.

Luego salió del coche y se alejó caminando con una soltura y elasticidad que hizo volver la cabeza a cuantos hombres se cruzaban con ella.

Efectivamente, Charlotte Marlén regresó a su casa en taxi…, pero no después de hacer algunas compras, sino inmediatamente. En cuanto estuvo fuera del alcance visual de Mireille llamó un taxi y le dio la dirección de su hermosa villa, en el *boulevard* Risso.

Quince minutos más tarde, el taxi se detenía delante de las verjas que cerraban el relativamente amplio jardín rebosante de arbustos floridos, mimosas y pinos. Al fondo se veía la casa de dos pisos. Estaba pintada de un rosa pálido, con las ventanas blancas protegidas por unos tolditos del mismo tono con listas de color negro. Era, sin duda alguna, una residencia de auténtico lujo y de una elegancia fuera de toda duda.

Charlotte Marlén cruzó las verjas que permanecían abiertas durante el día y recorrió el sendero flanqueado de flores, hacia la casa. Un par de minutos más tarde, entraba en el gran despacho de su segundo marido, Fritz Marlén, que sentado tras la mesa, atendía sus asuntos. Al oír el ruido de la puerta, Fritz Marlén alzó la cabeza y al ver a su esposa sonrió amablemente.

—¿Ya estás de vuelta, querida?

Charlotte se acercó a la mesa, tomó un cigarrillo que su marido se apresuró a encender, y luego se dejó caer en uno de los sillones que había frente al mueble bar.

Sólo entonces dijo:

—Creo que he encontrado al tipo del aeropuerto; al que tomó la fotografía a una de mis sirenitas, la que llevaba Béziers.

Fritz Marlén simplemente parpadeó. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, sólido, fuerte, de ojos claros y mentón

cuadrado. Un auténtico exponente de la robusta e inteligente raza germánica.

—¿Cómo sabes que es el hombre que buscamos? —preguntó apaciblemente.

—No estoy segura, pero juraría que es él. Tiene la fotografía de la que nos habló Béziers cuando nos llamó desde Nueva York. Por cierto, ¿todavía no ha regresado Béziers?

—Seguramente regresará esta noche o mañana —dijo Fritz Marlén—. Y en ese caso identificará plenamente a ese sujeto. ¿O quizá no sabemos dónde encontrarlo, Charlotte?

—Todas las probabilidades de localizar a ese hombre están a nuestro favor —sonrió Charlotte—. Se llama Milton Blackman y parece ser que es escultor. Le he dejado en el estudio del profesor Bouthinon… y abajo, en su coche, está mi querida hijastra Mireille esperando que el señor Blackman salga del edificio para seguirlo. Ella nos dirá dónde podemos encontrarlo, pero aunque no consiguiera seguirlo, estoy segura de que yo tendría el tacto suficiente para conseguir esa información, quizá mañana mismo, de mi profesor de arte.

—Si ése es el sujeto que tuvo la discusión con Béziers en el aeropuerto, creo que sería conveniente que enviásemos ya, al domicilio de tu profesor de arte, a un par de muchachos, por ejemplo a Robeson y Smithson. Sería muy conveniente saber, cuanto antes, cuál es la verdadera ocupación de ese tal Blackman.

—Si quieres que te diga la verdad —pareció, de pronto, sorprendida, Charlotte—, a mí me ha dado la impresión de que es realmente un escultor. Pero…

—Sí, sí —admitió Fritz Marlén—. Una cosa es la impresión que nos producen las personas y otras es lo que realmente hacen. Primero está el asunto del aeropuerto. La muchacha que tropezó con Béziers, por supuesto, ha desaparecido, ya que en aquel momento *a* ninguno de los hombres que teníamos allí se le ocurrió que tuviera algo que ver en el asunto. Pero ya sabes la conclusión a que hemos llegado, y que, claro, puede ser cierta o puede ser errónea.

—A mí me parece todo esto un poco fantástico, Fritz, la verdad.

—Puede que sea fantástico. Pero estamos metidos en un negocio peligrosísimo y muy importante económicamente, y no quiero

correr riesgos de ninguna clase. Si nos equivocamos, mejor para nosotros. Pero nuestra actuación debe estar basada en la posibilidad de que la chica que tropezó con Béziers en el aeropuerto fuese una cómplice de Milton Blackman, cuyo objetivo fuese precisamente hacer caer el portafolios de Béziers al suelo, de forma que se abriese. Esto fue lo que ocurrió y así fue como el tal Blackman vio esa sirenita tuya que Béziers llevaba de muestra, a mano. Quizá Blackman pretendía quedarse con la estatuilla, y al no poder hacerlo por recuperarse muy pronto Béziers, tuvo que contentarse con tomarle una fotografía, pues, de otro modo, las cosas se habrían complicado demasiado.

—Quizá tengas razón —admitió Charlotte.

—Quizá. Por otra parte, ten en cuenta lo que pasó con Delaselle y Maury. Los dos están aún en el hospital reponiéndose del *shock* y de los huesos rotos. Piensa una cosa, querida; un sujeto cualquiera, un hombre que simplemente se dedica al arte, posiblemente no habría encontrado la solución que encontró Blackman para escapar de Maury y Delaselle. Y aunque llegase a pensarla, dudo mucho que tuviese las agallas necesarias para sacar un coche de la carretera y lanzarlo pendiente abajo por un terreno como el Que nos describieron los dos…

—Está bien, está bien —alzó las manos Charlotte—. No vamos a discutir, mi amor. Además, ya te he dicho que he dejado a Mireille vigilando a Blackman, así que en cuanto éste salga, ella se pondrá tras él y se enterará de dónde podemos encontrarle. No creo que Milton Blackman tarde mucho en salir de la casa del profesor Bouthinon.

CAPÍTULO IV

Milton Blackman abandonó el estudio de Jean Michel Bouthinon algunos minutos después de las siete de la tarde. Es decir, que Mireille Monestier, que estaba apostada en las proximidades de una de las esquinas desde las que podía ver el edificio, estaba dada ya a todos los demonios. No sólo llevaba allí un montón de horas, poco menos que muerta de hambre, sino que su irritación había ido subiendo cada vez más hasta un grado verdaderamente intolerable, sobre todo cuando pensaba que quizá Milton Blackman había salido del edificio sin que ella le viese y se hubiera pasado allí todo el día perdiendo el tiempo.

Pero en cuanto vio al rubio norteamericano, el malhumor de Mireille decreció notablemente. Y demostró ser una joven perspicaz cuando tan sólo por el modo de caminar de Blackman, éste no iba a tomar un taxi o cualquier otro vehículo, sino que se proponía ir caminando, en plan de paseo, adonde quiera que se dirigiese, Mireille Monestier acertó completamente.

Lo primero que hizo Milton Blackman al abandonar el estudio de Jean Michel Bouthinon fue adquirir tabaco. Luego descendió por rué Gounod, cuya dirección automovilística era hacia arriba, con lo que Mireille se felicitó a sí misma por haber abandonado su «Ferrari» para seguir al norteamericano a pie, ya que por rué Gounod no habría podido ir tras él. Y tampoco por el *boulevard* Víctor Hugo, cuando, al llegar allí, Blackman tomó la dirección de la avenue Jean Médicin, por la cual bajó siempre al encuentro del mar hasta llegar a la place Masséna. De aquí Milton Blackman pasó al jardín de Alberto I, donde estuvo paseando siempre con la cabeza baja y muy dubitativo, hasta que terminó su tercer cigarrillo. Para entonces eran ya casi las ocho y media y Mireille Monestier estaba,

como suele decirse, muerta de hambre y de desfallecimiento.

Pero ciertamente dispuesta a seguir al norteamericano fuera donde fuese. La fortuna sonrió, esta vez, a la encantadora Mireille.

Al parecer, después de aquel paseo y tres cigarrillos que le habían ayudado quizá a poner en orden sus ideas, Milton Blackman encaminó sus pasos hacia la rue Maccaroni, donde sin más complicaciones y, de pronto, entró en el primer restaurante que encontró en su camino.

Que por cierto no era un restaurante propiamente dicho, sino un *snack*. Lo cual parecía importar bien poco a Blackman, que se sentó ante el mostrador y pidió algo que, por supuesto, Mireille no pudo entender desde la calle.

Se apartó vivamente del cristal del aparador lateral del *snack* y esperó un par de minutos. Luego, con toda decisión, entró en el establecimiento y fue a sentarse en uno de los taburetes.

—Quiero un americano, una ensaladilla y un cuarto de pollo con *frites* —dijo Mireille al camarero que se acercó a servirla.

El camarero alzó las cejas un instante, sorprendido, pero rapidísimamente se convenció a sí mismo de que lo que fuese capaz de ingerir aquella jovencita no era cuenta suya. Así que se dispuso a servirla sin alterarse en absoluto.

—¡Hola, patatita! —Oyó Mireille, a su izquierda, Como quien acaba de regresar de la luna volvió Mireille la cabeza, y al ver en el taburete contiguo a Milton Blackman alzó las cejas y luego desvió, con grandiosa indiferencia, la mirada.

—¡Hola, patatita! —repitió Milton.

Mireille simuló no haber oído nada y dedicó su atención a los preparativos de la cena que iba a ser, al mismo tiempo, almuerzo. En su estómago rugía el hambre como el más furioso de los vendavales.

Así estaban las cosas cuando notó que la tocaban en el codo izquierdo y no tuvo más remedio que volver de nuevo la cabeza.

—¿No se acuerda de mí, patatita? —preguntó, sonriendo, Milton Blackman.

—Haga el favor de no molestarme, señor —replicó vivamente Mireille—. Sea lo que sea lo que está pensando de mí, se equivoca. En este lugar no encontrará la clase de chicas que usted parece buscar.

—¡Vaya, mala suerte! —Torció el gesto Milton—. Pero como soy forastero en esta ciudad no lo sabía. ¿Y dónde puedo encontrar chicas de ésas, patatita?

—Haga el favor de dejarme en paz.

—Bueno…, a fin de cuentas estoy intentando que te veas complacida inmediatamente.

¿No es cierto que has pedido un americano?

Ella volvió de nuevo la cabeza, lo miró de arriba a abajo, encogió los hombros y replicó de malísima gana:

—Así es. He pedido un americano… ¿Y qué?

—Pues que aquí tienes uno, preciosa. Yo soy americano. Pero creo que no tendrás suficiente apetito para comerme todo en una sola sesión.

—¿Se las da usted de gracioso? —refunfuñó Mireille.

—Sólo estoy intentando ser simpático —refunfuñó Blackman—. Y, a fin de cuentas, por poco juicio que le echemos al asunto tendrías que ser tú quien tratases de ser simpática conmigo, ya que fuiste tú quien estuvo a punto de matarme con el coche, no yo a ti.

Verdaderamente, Mireille Monestier debía tener grandes dotes de actriz. Se quedó mirando fijamente a Milton, luego comenzó a parpadear y por último en su deliciosa boquita sonrosada apareció una sonrisa burlona, al mismo tiempo que se daba una palmada en la frente.

—¡Ahora lo recuerdo! —exclamó—. Usted es el cretino que estuvo a punto de meterse debajo de mi coche.

—Exacto —sonrió Milton—. Soy el cretino, estúpido, imbécil, idiota… o algo parecido, todo un montón de cosas por el estilo, vamos.

—Pues no puede decirse que hoy sea mi día de suerte —dijo, con agresiva malicia Mireille—. Encontrar dos veces en un día a un tipo como usted, y en un lugar grande como Niza, yo creo que hay para tocar madera.

—Me gustaría demostrarte que no soy cretino, ni estúpido, ni imbécil, ni idiota… y para empezar, ¿me permites que te invite a cenar?

—¿Y por qué ha de invitarme usted a cenar?

—Porque eres una chica muy educada y simpática.

Mireille Monestier enrojeció intensa y violentamente. Justo en

aquel momento ponían delante de ella una bandeja con su pedido para la cena. La muchacha estuvo unos segundos contemplando todo aquello, y luego, lentamente, volvió la cabeza una vez más hacia su rubio vecino de asiento.

—De acuerdo —murmuró—. He sido bastante desagradable, pero admita usted que la razón era mía.

—Pues, sí —alzó ambas manos Milton Blackman—. Yo iba distraído por la calle y la culpa de lo que hubiese podido suceder habría sido mía. Pero eso no la obligaba a usted a ser tan descaradamente descortés. No he conocido a nadie, durante mi estancia en Francia, que fuese tan poco representativo de la gran cortesía francesa.

—¿Por qué antes me tuteaba y ahora me trata de usted?

—Porque ahora merece que la trate de usted y antes era sólo una niña mal criada y un tanto grosera.

Mireille Monestier recurrió a todo su encanto y expresividad para simular una muchachita que reflexiona, muy seriamente, las juiciosas palabras de otra persona. Por supuesto lo consiguió plenamente. Como consiguió la encantadora sonrisa con que obsequió, por fin, al norteamericano.

—¿Sabe usted, señor? Voy a permitirle que me invite a cenar, desde luego.

—¡Magnífico! —sonrió Milton—. Y puestas así las cosas, y para firmar el armisticio, yo propondría que volviésemos al tuteo… y que me permitieses invitarte a una botella de champaña.

—¿Por qué el champaña? —Frunció el ceño Mireille.

—Por nada —se sorprendió Milton—. Simplemente si voy a Alemania bebo cerveza, si voy a Italia bebo vino, y si estoy en Francia bebo champaña. ¿Te parece descabellado?

—No —musitó Mireille.

—Ahora bien —deslizó socarronamente Milton—. Yo creo que deberíamos hacer las cosas con orden y método. Por ejemplo, todo ese montón de comida que piensas engullir, podrías hacerlo con cerveza, que es muy rica en vitaminas, fresca y digestiva. En cuanto al champaña quizá sería más agradable de tomar en un lugar más… íntimo y con un ambiente más adecuado.

—¿Por ejemplo? —Le miró ella con toda atención.

—No lo sé. Porque se puede decir que no conozco Niza. Pero

seguramente tú sí debes conocer algún lugar adecuado para lo que acabo de decir.

—Quizá conozca alguno —musitó Mireille Monestier.

* * *

Mireille apartó la copa de sus labios y dijo:

—Siempre me ha parecido delicioso el champaña fresco.

—¿Qué dices? —gritó Milton Blackman, poniéndose una mano tras la oreja como para acercarla más a la muchacha.

—Digo que siempre me ha parecido delicioso el champaña fresco.

—¡Que no te oigo nada! —gritó Milton Blackman.

Mireille abrió la boca dispuesta a repetir la frase, pero de pronto se echó a reír. Realmente, Milton Blackman estaba sufriendo los efectos de una auténtica mala jugada por parte de ella. Para tomar el champaña lo había llevado a una discoteca donde, por supuesto, y como está mandado, el volumen de la música era sencillamente atronador.

Habían ocupado una mesita al fondo del local, iluminada tan sólo con una vela color rojo, que permitía apenas verse el uno al otro. En el centro de la pista, un grupo de personas inidentificables por completo, a la luz tétrica y más o menos roja de una iluminación que no se sabía de dónde procedía, bailaban al ritmo de los desaforados berridos que sonaban por los altavoces.

Riendo, Mireille se inclinó hasta que sus labios tocaron la oreja de Milton Blackman. Y entonces gritó:

—¡Que lo estoy pasando muy bien contigo!

Milton soltó un respingo y saltó alejándose de la muchacha, a la que se quedó mirando con ojos desorbitados. Luego asintió con la cabeza, le hizo un gesto y ella, obediente, acudió a su encuentro para que también él pudiese hablarle al oído.

—¡Muchas gracias! —gritó Milton Blackman, a todo pulmón.

La potencia dé su voz fue tal que, inconteniblemente, también Mireille Monestier tuvo que pegar un salto. Se quedó mirando, a su vez, al norteamericano, y luego sonrió y señaló la botella de champaña. Obediente, Milton escanció más champaña en la copa de la muchacha y en la suya propia. Bebieron ambos y Milton dejó su copa sobre la mesa, retiró la de Mireille de entre sus deditos, hizo lo

mismo y entonces con la mano derecha hizo un gesto harto expresivo señalando luego hacia la pista.

Mireille asintió, sonriente, y se puso en pie. Milton la imitó en el acto, salieron de detrás de la mesita y fueron hacia la pista. Pero evidentemente, Milton Blackman no se conformaba simplemente con estar en la pista, sino que quería el mejor sitio. Así pues, sin ninguna contemplación, y llevando del brazo a Mireille Monestier, se dirigió hacia el centro.

Una vez allí, la muchacha comenzó a moverse con una gracia y un encanto que durante unos segundos dejaron pasmado al escultor yanqui. Mireille le gritaba algo y le hacía gestos para que también él bailase, pero por el momento Milton Blackman prefería contemplar cómo lo hacía Mireille. Era tan bonita, tan deliciosamente encantadora en verdad, que, finalmente, Milton Blackman tomó la resolución más inteligente de todas.

Adelantó los brazos, tomó a Mireille Monestier por la cintura y la atrajo hacia él hasta incrustarla contra su pecho. Entonces, rodeándola con verdadera gula y manteniéndola tan inmovilizada que Mireille llegó a parecer una estatua en sus brazos, Milton Blackman se dedicó a besarla.

El primer beso fue en la boca, aunque no muy explosivo sino más bien cauto, como de prueba. Luego Milton fue besando el rostro de la muchacha deslizando su bocota hacia las orejitas y el cuello de ella. Finalmente pareció recordar los labios y volvió allí… Esta vez el beso fue un auténtico campeonato de duración.

Alrededor de ellos la gente seguía bailando y contorsionándose al ritmo de la estridentísima música. Pero eso a Milton Blackman y a Mireille Monestier les tenía completamente sin cuidado.

Para asegurar la supervivencia de la muchacha, Milton Blackman aflojó un poco la presión de sus brazos… y con ello salió ganando porque Mireille introdujo ahora los suyos entre ambos cuerpos y los cruzó en la nuca de él, donde quedó colgada mientras correspondía con auténticas ganas al beso que se fue haciendo largo, largo, larguísimo…

Unos mil quinientos veintiocho años más tarde, las bocas de Mireille y Milton se separaron, por fin. Se quedaron mirándose o, cuando menos, intentando verse en aquella penumbra rojiza, y luego él volvió a darle un suave beso en los labios. Sin más, la tiró

de la mano sacándola de aquel infierno que los rodeaba. Llegaron a la mesita, Milton depositó allí un par de billetes y, sin más contemplaciones, siguió tirando de la mano de la muchacha en dirección a la salida del local.

Nada más salir, y tras respirar ávidamente el aire mucho menos viciado que el del interior de la discoteca, Milton volvió a abrazar a Mireille y se dispuso a besarla en los labios.

Primeramente, Mireille alzó una manita y la interpuso entre ambas bocas.

—¿Por qué has querido que salgamos de la «disco», Milton? —preguntó.

—Pues he querido que salgamos de la «disco» —remedó él, simpáticamente—, porque si llego a estar ahí dentro un minuto más me muero asfixiado y sordo. Y porque estoy seguro que, aquí fuera, tus besos deben saber a algo mejor que a humo.

—¿Quieres decir que no te han gustado mis labios? —protestó ella.

Muchísimo —aseguró el yanqui—. Pero apuesto a que me sabrán muchísimo mejor si los beso delante del mar, y al aire libre.

* * *

Efectivamente. Los besos les supieron mucho mejor a ambos frente al mar y al aire libre.

Estaban en la Promenade des Anglais, frente al Palais de la Mediterranée. Es decir, el Palacio del Mediterráneo estaba tras ellos y frente a ellos el mar, del cual les llegaba una suave brisa cuyo aroma era bien diferente al de la discoteca que Milton Blackman había querido abandonar.

—Desde luego —susurró Milton, después de uno de aquellos gigantescos besos con sabor a yodo y sal—, eres una retrasada mental, patatita.

—¿Por qué piensas eso? —murmuró ella dulcemente.

—Por aceptar besos de un cretino, imbécil, estúpido… y qué sé yo cuántas cosas más.

—Estaba equivocada. Eso es todo —murmuró ella—, ¿es que una persona no puede equivocarse?

—Ciertamente que sí. Y es de sabios admitir eso. Y ahora dime, ¿cuántos añitos tiene la nena?

—Veinte —rió Mireille.

—Me lo temía —refunfuñó Milton—. Eres menor de edad.

Por un momento Mireille Monestier se quedó contemplando, con incrédula estupefacción, a Milton Blackman. Y, de pronto, exclamó:

—Vamos, no seas absurdo. Qué tiene que ver mi edad con lo que los dos estamos pensando… y deseando.

—Bueno, quizá a ti no te parezca importante ese detalle, pero a mí sí —dijo Milton Blackman—. Por lo tanto, vamos a despedirnos por esta noche.

—¡Oh, Milton, por favor!

—Veamos… ¿tú vives sola en un apartamento, quizá?

—Claro que no. Vivo en una casa con mi madrastra y… con su marido.

—¿Cómo dices?

—Es muy sencillo. Mi padre se casó con una mujer algo más joven que él. Luego él falleció… y, al poco tiempo, ella se volvió a casar con un hombre más adecuado a su edad. Y ahora vivimos los tres juntos, en mi casa.

—Caramba, es una combinación familiar poco frecuente…, pero aun así no me parecería prudente que nosotros fuésemos allá y decirles que vamos a… pernoctar.

—¡Pero si no tengo que dar explicaciones a nadie! —exclamó Mireille—. Además, realmente, no había pensado en ir a mi casa.

—Entonces, ¿adónde?

—Pues… no sé. Supongo que a la tuya, Milton.

—Yo no tengo casa en Niza, patatita. Estoy alojado en un hotel y, francamente, no me hace ninguna gracia llevarte a ti allí. De modo que…

—¿En qué hotel estás?

—En el George, de la rué de France.

—¡Ah, sí, lo conozco…! Bueno, realmente…

—Ya te he dicho que no me parece una amabilidad por mi parte invitarte allí. Y si seguimos… ambientándonos de ese modo, tú y yo, mucho me temo que ni siquiera haría falta buscar un lugar de los que suelen llamarse adecuados. En mi opinión, lo mejor que podemos hacer por esta noche es decimos adiós, patatita.

Allí, frente a la brisa del mar que relucía de estrellas y de luna, Mireille Monestier estuvo unos segundos inmóvil, contemplando

fijamente a Milton Blackman.

Por fin, la muchacha asintió con la cabeza.

—Está bien —murmuró—, ¿nos veremos mañana?

—No lo sé —dijo Milton Blackman, dubitativo—. Hoy he estado con el profesor Bouthinon muchísimo más tiempo del que pensaba, y no te aseguro que mañana no vaya a suceder lo mismo. Ya te he hablado del profesor Bouthinon y de mis pretensiones en el arte escultórico. Y el profesor ha sido tan amable de considerarme un alumno por completo fuera de serie, y exigirme que esté con él el máximo de horas posible. Me parecería necio, por mi parte, desaprovechar esta oportunidad…, pero también me lo parecería perder el contacto contigo. Creo que lo mejor es que me digas adónde puedo llamarte.

—¿Eso es, realmente, lo que deseas? ¿Quieres mi número de teléfono para cuando vuelvas a tener tiempo disponible?

—De acuerdo. —Mireille Monestier le besó ligeramente en los labios—. Si eso es lo que quieres, yo lo acepto, Milton…

—Entonces dime tu número de teléfono y digámonos adiós.

—Pero sólo por esta noche… —insistió Mireille—. Prométemelo.

—Prometido —aceptó él, abrazándola nuevamente por la cintura, inclinándose hacia sus labios.

* * *

Charlotte Marlén miró sonriente a su hijastra.

—Según parece, querida, la opinión que tenías del señor Blackman ha cambiado considerablemente.

—¿Por qué no había de cambiar? Te aseguro que es absolutamente encantador, Charlotte.

—Bueno… Más vale así, realmente. Eso quiere decir que, en tu opinión, no debemos temer que ese hombre esté preparando cualquier sucia jugarreta contra nuestro querido profesor Bouthinon.

—Claro que no —aseguró enfáticamente Mireille—. Milton sería incapaz de hacerle daño a nadie.

—Todos somos capaces de hacer daño a alguien —intervino, muy sosegadamente, Fritz Marlén.

Mireille Monestier se volvió a mirarlo con el ceño fruncido. Había encontrado a su madrastra y al marido de ésta en el salón al

regresar a casa, y se había apresurado a poner en conocimiento de Charlotte su opinión sobre Milton Blackman, con el cual había departido unas cuantas horas. Por supuesto, no entró en detalles de las intimidades a que habían llegado Milton Blackman y ella. Se había limitado a decir que el americano estaba alojado en el hotel George de la rué de France, y que ella estaba convencidísima de que era, simplemente, un artista que estaba buscando su verdadero camino hacia la auténtica expresión de su sensibilidad.

—Bueno —dijo finalmente Mireille, tras contemplar largamente a Fritz Marlén—. Está bien, puede que todos seamos capaces de hacer cosas malas, Fritz, pero no creo que Milton esté preparando nada que pueda perjudicar a Jean Michel Bouthinon. Por el contrario lo admira muchísimo y el profesor lo ha tenido todo el día con él, de modo que se ha ganado su afecto.

—Bien —suspiró Marlén, alzando los brazos con gesto de resignación—. Más vale así, querida. Celebro mucho haberme equivocado con ese muchacho. A mí también me resultó simpático, de modo que prefiero que, además, sea honesto y todo un artista.

¿Quieres tomar algo con nosotros?

—No, gracias. Prefiero retirarme a descansar, si no os molesta.

—Claro que no, querida —se sorprendió Charlotte—. A nosotros no nos molesta nada de lo que tú hagas…, por la sencilla razón de que sabemos que todo lo que haces es lo correcto.

—¡Muchas gracias! —murmuró Mireille—. Y buenas noches a los dos.

—Buenas noches, querida.

—Hasta mañana, Mireille.

La muchacha abandonó el salón y durante unos segundos en éste reinó el más completo silencio. Por fin, Fritz Marlén miró a su esposa y susurró:

—Puedo enviar a Robeson y Smithson al hotel George ahora mismo.

Charlotte estuvo unos segundos pensativa, y acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No, Fritz. Si esta noche le ocurriese algo a Milton Blackman, es posible que Mireille sospechase algo de mí. He sido yo quien ha mostrado interés por él. Y él llegó al estudio de Bouthinon con la fotografía de una de mis sirenas…, por suerte parece ser que no ha

enseñado esa fotografía a Mireille pues, de haberlo hecho así, ésta la hubiese identificado y Milton Blackman sabría que la estatuilla que llevaba Béziers en el aeropuerto de Niza había salido de mis manos.

—Precisamente eso es lo peligroso —asintió Fritz Marlén—. Hoy, Blackman no le ha enseñado la fotografía a Mireille, pero quizá lo haga mañana, o pasado, o cualquier otro día.

De nuevo quedó Charlotte pensativa, y esta vez por bastante más tiempo que la anterior. Por fin, cuando contestó, no tuvo más remedio que admitir los razonamientos de su marido:

—Creo que tienes razón… —Se resignó—, habrá que enviar al hotel George a Robeson y Smithson para que se encarguen de ese americano. Pero diles a esos dos asesinos que lo hagan bien, no como Delaselle y Maury, que parecieron dos novatos si los comparamos con Milton Blackman.

—Yo insisto en que un tipo así debe ser peligroso —dijo Fritz Marlén—. Pero no importa. Voy a telefonear a Robeson y Smithson para que se encarguen, esta misma noche, de él.

Y Fritz Marlén se puso en pie y se dirigió hacia el teléfono.

CAPÍTULO V

El teléfono estaba allí, al alcance de su mano sobre la mesita de noche, pero Milton Blackman decidió, una vez más, no tocarlo siquiera. No, señor, no iba a llamar aquella misma noche a Mireille cuando apenas hacía dos horas que se habían separado. Eso quedaba bien para los jovencitos románticos, pero no para él que ya era un hombre hecho y derecho.

Por otra parte, quizá fuese Mireille quien decidiese telefonearle a él y esto representaba una cosa que sería muy agradable de comprobar.

Por estos cauces discurrían los pensamientos de Milton Blackman, va en pijama y dispuesto a acostarse tras el último cigarrillo, cuando sonó la llamada en la puerta de su habitación del hotel George.

Con absoluta y lógica tranquilidad, el norteamericano se acercó a la puerta, y sin más complicaciones la abrió. En su subconsciente estaba la idea de que debía de tratarse de algún empleado del hotel que tenía para él algún recado. O quizá una simple equivocación.

Así que cuando abrió la puerta con total confianza, Milton Blackman sonreía cortésmente.

La sonrisa se le quedó como congelada en los labios cuando vio a los dos hombres que había en el pasillo. Verlos, y notar un escalofrío que fue desde la nuca a la columna vertebral, fue todo uno.

—¿Qué desean? —musitó.

—¿Es usted el señor Blackman?

—No… —negó, con la máxima serenidad, Milton—, se equivocan ustedes.

El hombre que había hablado miró el número de la puerta, miró

de nuevo a Milton y sonrió simpáticamente…

Todo lo simpáticamente que puede sonreír un tigre que está dispuesto a devorar un cervatillo.

—¿Qué te parece Smithson? —dijo, sin mirar a su compañero—. El señor Blackman dice que él no es el señor Blackman.

—Así es la vida, Robeson —asintió Smithson, plácidamente—. Las cosas se están poniendo de tal modo que uno se niega ya hasta a sí mismo. Lo cual es una pena, porque si nosotros mismos negamos que estamos vivos… ¿cómo van a considerarnos vivos los demás?

Robeson mantenía fija la sonriente y perversa mirada en Milton Blackman, que había palidecido ligeramente. Con toda calma Robeson empujó suavemente a Milton, haciéndole entrar en el apartamento. Entró él también; detrás lo hizo Smithson, que cerró la puerta y quedó apoyado en ésta, y tras unos segundos de tenso silencio, Robeson señaló hacia el armario.

—Será mejor que se vista de calle, señor Blackman. Vamos a dar un paseo.

—¿Son ustedes amigos de unos tipos llamados Delaselle y Maury? —preguntó Milton.

—¿Te das cuenta, Smithson? —dijo Robeson—. El señor Blackman es un caballero muy inteligente.

—Sí que lo es. Porque, efectivamente, nosotros somos amigos de Delaselle y Maury.

—¡Qué tío más listo, tú!

—Oigan… —empezó Milton—, yo no sé qué es lo que pretenden ustedes ni lo que pretendían sus amigos. Les aseguro que no entiendo nada de nada y que…

Milton calló bruscamente cuando vio que Robeson sacaba una enorme pistola provista ya con silenciador, y que le apuntaba a la cabeza desde una distancia inferior a un metro.

—Señor Blackman —dijo reposadamente Robeson—, usted puede hacer en este momento una de estas dos elecciones. Primera: vestirse y venir con nosotros. Segunda: negarse a ello y así le meto yo a usted una bala en la cabeza y así mi amigo y yo nos vamos tranquilamente. ¿Cuál de las dos decisiones toma?

—Me vestiré —murmuró Milton.

—¿Lo ves, Smithson? —dijo Robeson sonriendo de nuevo—. Queda demostrado otra vez que el señor Blackman es inteligente.

—Sí que lo es —dijo Smithson—, porque si fuese tonto habría preferido que lo matásemos aquí. Y, además, está en pijama… ¿Tú te imaginas? A mí no me gustaría nada que me encontrasen muerto en un hotel como éste y en pijama. Me parecería repugnante.

—Hombre, tampoco hay para tanto —rechazó Robeson.

—Son puntos de vista. El mío es éste y estoy dispuesto a mantenerlo.

—Un tipo tan distraído como tú no debería tener puntos de vista tan rígidos, Smithson —dijo Robeson—. ¿Te acuerdas de lo que pasó aquella vez con la condesa que secuestramos?

—Hombre, sí —exclamó Smithson, riendo—, aquello fue divertidísimo.

—Sí —rió también Robeson—. ¿Quiere que le cuente lo que le pasó una vez a Smithson con una condesa a la que nos encargaron secuestrar, señor Blackman?

Milton, que estaba ya ante el armario quitándose el pijama, encogió los hombros, sin molestarse en pronunciar una sola palabra. Robeson fue a sentarse en el borde de la cama, siempre manteniendo bajo la amenaza de su pistola al norteamericano.

—Pues verá lo que pasó… —Se dispuso a explicar—. Aquella condesa era una dama muy gorda, muy gorda, muy gorda, y a Smithson le habían gustado siempre mucho las señoras que fuesen más bien llenitas. Así que cuando ya teníamos secuestrada a la condesa en cierto lugar que, claro está, no le voy a decir a usted cuál es, la pobre señora comenzó a protestar. Y para tranquilizarla, Smithson se mostró muy amable con ella y queriendo ser fino le dijo: «Beso a usted el trasero, señora condesa…», claro que lo que él quería decir era que le besaba la mano, pero como la condesa estaba tan rolliza y tenía un…, una retaguardia tan atractiva, pues al pobre Smithson se le escapó lo que dijo. ¿Qué le parece, señor Blackman?

Milton Blackman permaneció en silencio, ya vistiéndose. Por su parte, Smithson se había dejado caer en un sillón y estaba riendo a más no poder. Pero era una risa extraña y gutural, apenas audible, que sin embargo estremecía todo su cuerpo.

—Obsérvelo bien, señor Blackman —señaló, amablemente, Robeson—. Smithson está en estos momentos padeciendo, lo que podríamos definir como un derrame de ácido úrico… ¿me

comprende usted?

—No —replicó secamente Milton, sin volverse.

—¡Hombre! Eso quiere decir, en un lenguaje muy fino, que en estos momentos Smithson se está meando de risa. ¿Comprende usted? O sea, que cuando se tiene un escape de ácido úrico… ¿comprende, señor Blackman? Hombre, vamos, que uno cuando tiene un escape o derrame de ácido úrico, es que se está meando de risa… ¿me comprende?

Milton volvió la cabeza, lo miró de arriba a abajo y asintió con un gesto.

—Sí, le comprendo. Lo que no comprendo es que tenga usted ese sentido del humor que, por otro lado, me parece repugnante, cuando por otro lado está pensando asesinar a una persona.

—No me gusta lo que dice usted, señor Blackman.

—¿No? —Movió la cabeza Milton—. Vaya, me causa usted una preocupación tremenda.

Robeson quedó silencioso, mirando ahora con más perversidad que nunca al norteamericano. Tras unos segundos de silencio, volvió la cabeza hacia el también silencioso Smithson y murmuró:

—¿Qué te parece? Nos ha salido gallito el muchacho.

—Ya verás qué pronto se le corta el kikiriki —aseguró Smithson —. Y como me parece a mí que el señor Blackman ya está vestido, creo que podemos iniciar un simpático paseo.

Por supuesto, Milton. Blackman estaba pálido, y mientras se ponía la chaqueta notaba una sensación de intenso frío en todo el cuerpo. Era como si él helor fuera tan denso que ni siquiera le permitiese mover bien las articulaciones. Al mismo tiempo, en la frente notaba el deslizarse de unas gotitas de sudor… es decir, que todo su cuerpo estaba teniendo toda una serie de reacciones químicas desconocidas hasta entonces por el escultor yanqui.

—Me parece que está un poco asustado, después de todo —dijo Robeson.

—Claro que está asustado. Apuesto a que él está a punto de tener otro derrame de ácido úrico, pero no precisamente de risa, sino de miedo. Vamos, señor Blackman, sobrepóngase, hombre, esto no es nada. Sólo se muere una vez.

—Salgamos ya —dijo Robeson.

En contra de lo que esperaba, Milton no notó que las piernas le

temblasen cuando caminó hacia la puerta. Salieron al pasillo y Robeson señaló hacia el fondo de éste, a la derecha.

—Bajaremos en el montacargas. Se trata de salir del hotel por la parte de atrás procurando no ser vistos, señor Blackman. Ésta es una hora muy adecuada para conseguirlo… a menos que usted decida portarse de un modo estúpido y comience a dar gritos, en cuyo caso no tendrá ni siquiera la oportunidad de un diálogo con nosotros, sino que lo acribillaremos estemos donde estemos. ¿Está claro?

Milton asintió con la cabeza y echó a andar hacia el montacargas. Segundos después, los tres hombres estaban dentro de la amplia cabina. Smithson se acercó a la hilera de botones de mando y apretó el de la planta baja. El montacargas no tenía puerta. La puerta que protegía su descenso estaba en cada rellano de los diferentes pisos del hotel. Una puerta metálica, grande, sólida, pintada de un color marrón, que pasó muy pronto ante los ojos casi desorbitados de Milton Blackman cuando descendieron un piso.

—¿Qué hora es ya? —preguntó Smithson.

Robeson estiró un poco el brazo izquierdo, lo dobló y acercó la muñeca a su rostro.

En ese instante en que dejó de observar atentamente a Milton Blackman, éste se jugó la vida de acuerdo al principio, quizá no muy inteligente, pero sí humano, de matar o morir o bien morir matando.

Tan decidido estaba a todo, que cuando apenas Robeson había iniciado el gesto que él ya adivinaba y comprendió que iba a dejar de mirarlo un instante, alzó su pierna derecha fortísimamente, y el pie fue a incrustarse en las ingles de Robeson que lanzó un bramido y cayó hacia atrás quedando sentado y acurrucado en una esquina del montacargas.

Acto seguido, Milton Blackman se volvió hacia Smithson mientras éste introducía su mano derecha en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta. Smithson tuvo tiempo de sacar la pistola pero, justo entonces recibía en plena barbilla un tremendo trastazo que llevó su cabeza contra la pared del montacargas y rebotó.

En ese mismo instante, tras sacudir la cabeza, Robeson disparaba su pistola.

¡Plop!

La bala pasó silbando por encima de la cabeza de Milton, que en aquel momento se encogía. Y el plomo fue a impactar en el alargado tablero de los botones de mando del montacargas. Hubo allí un chispazo, saltaron astillas, la placa metálica que protegía los botones quedó colgando a un lado… y, simultáneamente, la cabeza de Milton golpeaba en el estómago a Smithson tirándolo de nuevo hacia atrás.

Fue verdaderamente terrible. La cabeza de Smithson fue a dar contra la retorcida placa de protección de los botones y en el acto se produjo un chispazo fortísimo, brotaron lívidas y cegadoras luces de la caja de conexiones y Smithson profería un alarido espantoso que dejó a Milton petrificado, caído de rodillas delante del asesino.

Pero como se decía al principio, la casualidad es la madre de la aventura… y de la buena suerte de algunas personas.

En el momento en que Smithson era electrocutado por la fortísima descarga eléctrica, el asesino, que había conseguido sacar su pistola, apretaba convulsivamente el gatillo de ésta.

Y en el ángulo del montacargas, enfrente mismo de Smithson, Robeson que se disponía a ponerse en pie recibía la bala disparada por su compañero, justo en el centro de la frente.

Y al mismo tiempo, simultáneamente, o al menos en una fracción de segundo inmensurable, se apagaba la luz del montacargas y éste se detenía.

Desde lejos, como desde mundos ajenos a él, llegaron hasta Milton Blackman algunas voces y exclamaciones. Fue solo un instante. Luego el silencio fue completo.

Durante tres o cuatro segundos estuvo inmóvil, como verdaderamente congelado. No sabía lo que había pasado ni lo que estaba ocurriendo. Sólo sabía que estaba vivo, metido en una cabina metálica con dos sujetos que querían matarlo… y que en aquellos momentos no se movían lo más mínimo. Ni siquiera oía su respiración.

Lentamente, como si el calor fuese volviendo a su cuerpo con dificultades, Milton Blackman se puso en pie y se pasó las manos por el rostro, que encontró frío como la mismísima muerte.

Luego tendió las manos hacia adelante y tocó la pared. No una de las tres paredes metálicas del montacargas, sino la pared que

cerraba la galería por la que el montacargas subía y bajaba. Tocó la pared y se fue acuclillando hasta que a su presión hacia afuera, la pared cedió. No la pared, por supuesto, sino la puerta que había en ésta, separando el montacargas del pasillo. La abertura que quedó allí fue de la amplitud de la cabina del montacargas y de una altura de poco más de medio metro. Más que suficiente para que Milton Blackman pudiese sacar su cuerpo por ella, mientras seguía empujando con la cabeza y los hombros, la sólida puerta metálica.

Cayó de cualquier modo fuera de la cabina y debía haber alguien allí, porque oyó una voz preguntando algo que no entendió.

Como un autómata, Milton se puso en pie y se desplazó hasta que sus manos tropezaron con una pared. Poco después, llegaba al canto vivo que conducía hacia el hueco de la escalera.

Vamos a ver… ¿En qué piso estaba? ¿Dónde había ocurrido aquello que todavía no había conseguido entender?

Fuese como fuere, lo cierto era que si quería regresar a su habitación tenía que ir hacia arriba, y si quería escapar del hotel tenía que ir hacia abajo en busca del vestíbulo.

Y tras unos segundos de fría reflexión, Milton Blackman se dirigió escaleras arriba.

En aquellos momentos, ciertamente, no se acordaba en lo más mínimo de la dulce y cariñosa Mireille Monestier.

* * *

Mireille Monestier dejó el periódico a un lado, y muy pálida, desencajado el rostro, miró primero a Charlotte y luego a Fritz Marlén.

—Ya te dije que no me parecía un hombre honesto —murmuró Charlotte—. Yo estoy segura que esto que ha sucedido en el hotel George tiene que estar relacionado con él.

—En el periódico no mencionan para nada a Milton —murmuró la muchacha.

—Vamos, querida, sé razonable —intervino Fritz Marlén—, yo creo que se está demostrando que los presentimientos de Charlotte eran acertados. Si el señor Blackman continuase en el hotel George después de ocurrir lo que dice en el periódico, nosotros no habríamos pensado nada al respecto. Pero, francamente, tanto a Charlotte como a mí nos parece muy extraño lo sucedido en ese

hotel…, y que cuando tú has llamado al señor Blackman te hayan dicho que se fue del hotel a primera hora de esta mañana.

—Pero eso no quiere decir que él haya tenido nada que ver con las muertes de esos dos hombres —insistió Mireille.

—Quizá no. Pero para nosotros, que somos ya mayores que tú, la cosa sigue siendo un tanto extraña. La versión que da el periódico, obtenida de la policía, es que esos dos sujetos llamados Robeson y Smithson, y que por cierto no estaban alojados en el hotel, fueron allí a realizar alguna trapisonda o cualquier cosa deshonesta. Quizá, simplemente, ellos querían entrevistarse discretamente con Milton Blackman. Pero fuese como fuere, lo cierto es que, de acuerdo con la inspección ocular realizada por la policía, uno de esos hombres disparó y produjo el cortocircuito que mató al otro al entrar en contacto con unos cables que, a su vez, estaban en contacto con una placa metálica… Ahora bien, este hombre que murió electrocutado, había disparado con su pistola acertando en la cabeza del otro. En definitiva, la policía piensa que se tirotearon entre ellos y que el uno mató al otro y el otro, con su bala, provocó el cortocircuito que tuvo a oscuras el hotel durante casi una hora.

—Pero… ¿qué puede tener que ver todo eso con Milton Blackman? —Casi gimió Mireille Monestier.

—Podrías preguntárselo a él —deslizó Charlotte—, si es que vuelves a localizarlo. De momento, ya has comprobado que no está en el hotel. Por fortuna, puesto que has llamado al profesor Bouthinon para preguntarle por Blackman, sabemos que Bouthinon está vivo, pero quizá ese pobre hombre, sin saberlo, esté dentro de la esfera de acción de Milton Blackman y esos otros dos hombres, y pueda ocurrirle algo. Quizá sería prudente ponerle en guardia contra Milton Blackman… ¿Qué opinas tú, Fritz?

—No podemos saber lo que más conviene si no sabemos lo que pretende ese americano —encogió los hombros Fritz Marlén—. En cuanto al profesor Bouthinon creo que lo más prudente sería no decirle nada de lo ocurrido, pues el pobre hombre podría asustarse. Y, en definitiva, quizá tú tengas razón, Mireille, y todo sea un cúmulo de circunstancias que parecen comprometer al señor Blackman.

—Estoy segura de eso —saltó Mireille—. Y también estoy segura

de que él me llamará aquí en cuanto pueda.

—Querida, todo eso pasó ayer por la noche y son ya las siete de la tarde. Yo creo que si el señor Blackman tuviese intenciones de llamarte va lo habría hecho.

Mireille no supo qué replicar. A fin de cuentas, Charlotte tenía razón. Eran las siete de la tarde y desde que, según la habían informado en el hotel, Milton se había marchado de éste, había tenido tiempo más que suficiente para llamarla. Si no lo habían hecho sus razones tendría. Y esas razones eran las que tenían preocupadísima a Mireille Monestier.

Pero por otra parte… ¿por qué estar preocupada por las impresiones que pudiera haber tenido Charlotte sobre Milton Blackman?

—Me parece que estás preocupándote demasiado, querida —dijo Charlotte, amablemente—. Creo que deberías prestarle un poco de atención al globo.

Mireille la miró vivamente y replicó:

—No me interesa para nada ese globo.

—Vamos, vamos, Mireille, sé consecuente —dijo Fritz Marlén—. Nos hemos gastado una importante cantidad en un globo que tú nos estabas pidiendo, yo diría que exigiendo desde hace varias semanas, para tenerlo en el jardín a disposición tuya y de tus amigos, para dar paseos en globo… Hasta hace dos días esto te parecía divertidísimo. Ahora que tenemos el globo ya en el jardín, que lo han traído esta misma tarde, ni siquiera te has dignado mirarlo.

—Sí lo he mirado —protestó Mireille—. Y es un globo muy bonito…, pero por favor, Fritz, ya no soy tan niña como para andar jugando con globos.

—Ésta es buena —rió Fritz Marlén—. Nadie te dice que juegues con globos, Mireille. Y por otra parte, el globo que tienes en el jardín no es precisamente para jugar. Incluso para manejarlo hay que saber cómo funcionan todos esos aparatos que yo he examinado brevemente y que no he entendido. Supongo que tú sí sabrás, más o menos, cómo se utiliza ese artefacto. Y, por lo tanto, me parece bien que disfrutes de él…, sobre todo no nos digas ahora, después de lo que ha costado, que ya no quieres el globo.

—¡Oh, dejadme en paz! —exclamó Mireille.

Se puso en pie y salió corriendo del salón. Cruzó el amplio

vestíbulo de la casa, salió y fue directa al garaje, del cual salía a los pocos segundos, disparada en su «Ferrari» deportivo descapotable.

Y, ciertamente, pasó junto a un globo.

Un estupendo, alegre y divertidísimo globo de gran bolsa de aire hinchada, que había en el jardín. De la bolsa pendía una gran cesta de plástico, que, al igual que la red que sujetaba el globo, estaba amarrada a tierra por medio de varias estacas. De no ser por las cuales, el globo se habría ido elevando hasta perderse en la distancia.

Allí estaba el globo. Un gran globo con el que cualquier persona joven, incluso no tan joven, podría pasarlo formidablemente navegando por el aire en un lugar tan agradable como Niza y sus alrededores. La cesta estaba pintada de color azul claro y la gran bolsa que contenía el aire caliente, era también azul y blanca a grandes franjas. Visto de lejos, podría parecer un gigantesco parasol.

Desde la ventana del salón, Fritz Marlén vio salir de la quinta el descapotable conducido por Mireille.

Se volvió hacia Charlotte y masculló:

—Me gustaría saber cómo ha conseguido Blackman desembarazarse nada menos que de Robeson y Smithson.

—A mí también —dijo Charlotte—. Lo que ahora ya es indudable para nosotros, es que es un hombre muy peligroso.

—Tenemos que encontrarlo —dijo, con tono inquieto, Fritz Marlén—. Sea como fuere tenemos que encontrarlo. Y pronto. Ya sabes que me han llamado los de la fábrica. Están preocupados por lo que sucedió con Béziers, luego con Delaselle y Maury y sólo ha faltado lo ocurrido con Robeson y Smithson para que estén verdaderamente preocupados. Por encima de todo, y sea como fuere, tenemos que encontrar cuanto antes a Milton Blackman para obligarle a que nos diga qué es lo que está ocurriendo y qué es lo que él, u otras personas, saben sobre nosotros.

—Pues por el momento —movió la cabeza Charlotte—, mucho me temo que la única posibilidad de encontrar a Blackman reside en Mireille. Si ella no lo encuentra, dudo mucho que podamos hacerlo nosotros.

—Pues esperemos que lo encuentre. Esa tonta se ha enamorado, realmente, de Blackman…, y conociendo como conozco a Mireille,

te aseguro que ella se las arreglará para encontrar al americano.

CAPÍTULO VI

Milton Blackman estaba convencido de haber arreglado las cosas del mejor modo posible.

Nada más abandonar el hotel aquella mañana, a primera hora, había acudido a una agencia que en menos de dos horas le había proporcionado un pequeño ático-estudio en la rué de Dante. El estudio que constaba de dos habitaciones y un gran comedor-salón había sido transformado durante el resto del día por Milton, hasta convertirlo en un auténtico taller de escultor, aunque de reducidas dimensiones.

Justo cuando se disponía a salir de su nuevo domicilio en Niza, ya oscurecido, Milton Blackman oyó la llamada a la puerta del ático.

Inmediatamente, tras contener un respingo, palideció. ¿Ya habían vuelto a encontrarle? Estuvo unos segundos como paralizado. Por fin movió la cabeza negativamente.

—No puede ser —murmuró—, debe ser algún vecino o alguien que se ha equivocado.

Fue a la puerta del ático, se colocó a un lado y preguntó con voz un tanto tensa:

—¿Quién es?

—Su cena, señor Blackman.

Milton quedó como si realmente se hubiese convertido en piedra. Todavía incrédulo, abrió la puerta de un tirón..., se quedó contemplando, estupefacto, a Mireille Monestier que sosteniendo una gran bolsa de sólido papel le contemplaba con expresión tímida y hasta un tanto temerosa, como si temiese alguna reacción violenta por su parte.

Durante unos segundos estuvieron mirándose, ella con aquella

expresión y él entre desconcertado y furioso. Pero por fin sonrió y se apartó del umbral.

—Pasa, patatita.

Mireille entró, Milton cerró la puerta y se apoyó de espaldas en ésta cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Estás enfadado conmigo porque he venido sin que me llames? —murmuró Mireille.

—La verdad es que no demasiado —admitió Milton—. Pero tienes que decirme, inmediatamente, como has podido encontrarme.

—El profesor Bouthinon accedió por fin a mis ruegos cuando estuve hace algo más de una hora a visitarle y me dio tu número de teléfono.

—¿Mi número de teléfono? Bien…, ¿sólo con mi número de teléfono has podido localizarme?

—Bueno…, me reuní con algunos amigos, dividimos en varias partes un listín telefónico de Niza y ellos me ayudaron a encontrar el número, en ese listín. Una vez encontrado el número me fue facilísimo, como comprenderás, encontrar esta dirección. Entonces me pareció que ya que iba a venir a molestarte, por lo menos podía invitarte a cenar.

—¿Quieres decir que en esa bolsa traes comida?

—Y bebida —sonrió Mireille—. Esta vez voy a ser yo quien te invite a champaña, Milton.

—Me parece estupendo, francamente. Dime, patatita, ¿cómo podías saber tú que el profesor Bouthinon podía proporcionarte mi dirección? ¿Por qué tenías que relacionarme con el profesor Bouthinon?

—Porque sé que eres escultor. Eso tú mismo me lo has dicho.

—Sí. Pero no te he dicho nunca que haya ido con el profesor Bouthinon… ¿o sí te lo he dicho?

—Sí —asintió ella—, lo mencionaste ayer en más de una ocasión. Pero es que, además, yo tengo un cierto ascendiente con el profesor Bouthinon. Hace algunos años intenté aprender escultura, pero muy pronto me dijo él que era mejor que me dedicase a otra cosa.

—¿Qué cosa? —Alzó las cejas Milton.

—La música. Ahora soy una magnífica estudiante de piano…,

con lo que queda demostrado que el profesor Bouthinon sabe muy bien quiénes sirven para ser escultores de talento y quiénes no.

—Eso me proporciona bastantes esperanzas, patatita. De modo que el profesor Bouthinon y tú sois viejos amigos.

—Sí. Estuvimos bastante tiempo sin vemos, desde que yo abandoné la escultura, pero desde hace unos meses nos vemos con alguna frecuencia, pues mi madrastra va con cierta frecuencia a su estudio y, en muchas ocasiones, yo la llevo con el coche o paso a recogerla.

—Lo entiendo. Y me parece natural que el profesor Bouthinon haya hecho una excepción contigo respecto a facilitar a nadie mi dirección. ¿De modo que quisiste ser escultora? Eso no me lo habías dicho.

—No. Es que no me gusta hablar de mis fracasos. La verdad es que podía haber sido una escultora corriente, mediocre. Pero yo creo que todos debemos aspirar a ser lo mejor en determinada actividad, no un productor mediocre en cualquier actividad. En cambio Charlotte se conforma con hacer sus figuritas; lo pasa divinamente y se considera poco menos que un genio.

—¿Charlotte? —Alzó las cejas Milton—. ¿A quién te refieres?

—A mi madrastra. Se llama Charlotte.

—¿Charlotte Marlén, quizá? —entornó los ojos Milton.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Tuve la oportunidad de conocer a esa hermosa rubia, precisamente ayer, poco después de que estuviste a punto de atropellarme con tu automóvil.

—¡Oh, sí…, es cierto, claro! Charlotte estaba arriba con el profesor Bouthinon. Había ido a hacerle algunas consultas sobre su trabajo. No sabía que el profesor Bouthinon os había presentado.

Se quedaron mirándose fijamente. Por su parte, Mireille Monestier no pensaba de ninguna manera decirle a Milton que Charlotte le había hablado de él y que lo consideraba ñoco menos que un asesino dispuesto a cometer cualquier felonía. De acuerdo con los planes de la muchacha, todo este tipo de confesiones podían hacerse más adelante, cuando las relaciones entre ambos se hubiesen consolidado adecuadamente.

En cuanto a Milton Blackman, simplemente comenzó a poner en orden las piezas en su cabeza.

—Pues ya vez —sonrió—. ¡Oh!; pero no puedo consentir que estés ahí de pie como un pasmarote, sosteniendo esta bolsa. Permíteme que te ayude —se acercó a la muchacha, tomó la bolsa de sus manos y se dirigió hacia la cocina señalando hacia allí con la barbilla.

—Pensaba llamarte por teléfono en cuanto estuviese instalado aquí adecuadamente. Seguramente mañana mismo lo habría hecho o lo más tarde, pasado mañana.

—Como no me has llamado hoy, creí que no querías verme más —susurró Mireille.

—Y si yo no quería verte más… ¿por qué has venido tú? —Volvió él la cabeza, para mirarla escrutadoramente.

—Sabes muy bien por qué he venido, Milton —lo miró, también, ella—. Me he enamorado de ti.

—¿Locamente? —sonrió él.

—No te burles de mí, por favor.

—De acuerdo. Llegaron a la cocina. Milton depositó la bolsa sobre un mármol y se volvió hacia Mireille abriendo los brazos con un gesto de resignación. —No voy a burlarme de ti. Al menos por tu loco amor hacia mí. Pero sí me burlaré, y mucho, si con todo esto no sabes prepararme una cena adecuada. ¿Te importa que, mientras tanto, yo acabe de arreglar algunas cosas en el saloncito?

—Claro que no —sonrió dulcemente Mireille.

Se acercó a él, le echó los brazos al cuello y le ofreció los labios. Milton Blackman vaciló, pero sólo un instante. Acto seguido se encontró besando los tiernos labios de la muchacha, mientras notaba contra su pecho el velocísimo y potente latir del corazón femenino. La apartó unos segundos después y mirándola a los ojos, preguntó:

—¿Has venido sola?

—Claro —se sorprendió Mireille—, no iba a venir acompañada para pasar unas horas de intimidad contigo.

—¿De intimidad? ¿Qué clase de intimidad, patatita?

—Todavía no lo sé. Depende.

—¿De qué depende?

—De lo que vaya ocurriendo aquí mientras estemos juntos.

—Entiendo. Y me parece razonable. No te olvides de poner el champaña en la nevera. No estará muy frío, pero algo sí se enfriará

mientras tú preparas la cena y yo arreglo el saloncito. Hasta ahora… ¡Oh, un momento! —Pareció recordar algo, de pronto, Milton—. ¿Qué clase de trabajos escultóricos hace tu madrastra?

—Casi siempre son cosas pequeñas…, hace delfines, caballitos de mar, sirenas, neptunos…, le gusta mucho el mar y siempre toma como modelo la vida animal marina.

—Me parece un tema bastante interesante —admitió Milton, consiguiendo no demostrar su grandísimo interés por lo que ella decía—. De modo que hace sirenitas, neptunos, delfines…, no me digas que la sirenita de Copenhague la ha modelado ella.

—¡Claro que no! —rió Mireille—. ¡La sirenita de Copenhague es muy grande! Charlotte sólo hace esculturas de tamaño reducido.

—¿Cómo de reducido?

—Bueno…, no sé…, entre treinta y cuarenta centímetros. Casi todas las que hace son así. De vez en cuando hace alguna más grande, pero no con mucha frecuencia que yo recuerde.

—Ya. Bueno, hasta ahora mismo, patatita.

Otra vez volvió Mireille a besar a Milton en los labios tras obligarle a inclinarse, todavía colgada de su cuello. Cuando el beso terminó, Milton Blackman le dio todavía una pequeña propina en forma de beso en la punta de la nariz y salió de la cocina sonriendo cariñosamente.

En cuanto estuvo fuera de la cocina su sonrisa se esfumó con brusquedad, y en su lugar apareció un gesto de honda preocupación.

No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, pero si tenía el convencimiento de que lo iban cazando en una red que se iba estrechando cada vez más sobre él.

Y, por supuesto, Mireille Monestier formaba parte de esa red. Ella era uno más de los finos, delicados… y fortísimos hilos que iban acorralando al escultor norteamericano.

Al menos así pensaba éste, en aquellos momentos. Y por lo tanto decidió poner pies en polvorosa rápidamente… antes de que tal como estaba convencidísimo, llegase alguien más a matarlo… o lo intentase la propia Mireille Monestier. Pensamiento este que puso los pelos de punta a Milton Blackman, ciertamente.

—¿Y si se estaba equivocando?

Podía ser todo un cúmulo de casualidades que finalmente se

aclararían y demostrarían que Mireille Monestier, incluso Charlotte Marlén, no tenía nada que ver con lo que le estaba sucediendo.

A decir verdad le parecía demasiada casualidad, pero todavía Milton Blackman quiso convencerse.

Mas como no estaba dispuesto a dejarse matar, lo primero que pensó hacer fue asegurarse de que la visita de Mireille Monestier no representaba peligro alguno de muerte para él.

En lugar de dedicarse a arreglar el saloncito. Milton abandonó el ático-estudio, bajando rápidamente a la calle. Pero no salió a ésta por la puerta delantera del edificio, sino por la puerta que daba al patio interior, De allí, del patio interior pasó a un pequeño taller de reparaciones de automóvil que daba al otro lado de la manzana y que también tenía un patio. Para salir del taller, abrió la pequeña puerta de madera incrustada en la grande y luego cerró tras él, sólo con el golpe del pestillo.

Una vez en la calle regresó al otro lado de la manzana, es decir hacia donde estaba el edificio en el que se había instalado. Pasó por delante, de dicho edificio encogiéndose y mirando precavidamente a todos lados. Si Mireille no había llegado sola, sino acompañada de gente como aquélla con la que él ya había tenido contactos, él sabría identificar a aquellos hombres y en ese caso se apresuraría a desaparecer a toda velocidad.

Pero después de pasar y repasar por delante del edificio, e incluso dar dos vueltas a la desigual manzana, Milton Blackman todo lo que pudo ver relacionado con Mireille Monestier fue su «Ferrari» blanco estacionado delante de la esquina de la izquierda. Lo cual quería decir que igual la muchacha no tenía nada que ver con todo lo que le estaba sucediendo, o bien ella se consideraba capaz de eliminarlo, que era, al parecer, la máxima pretensión de aquella gente que lo perseguía.

Tras este último pensamiento, Milton Blackman se detuvo en la entrada del edificio y se quedó allí inmóvil, con los ojos como hipnotizados. Por fin movió negativamente la cabeza.

—No puede ser —susurró—. Mireille no puede ser una asesina.

Y esto último lo pensó Milton Blackman, precisamente porque había estado en aquellos momentos de inmovilidad, recordando los ojos grandes y puros de Mireille Monestier.

Cuando entró en el ático, ella estaba sentada en el pequeño sofá

del saloncito, y al aparecer él se puso en pie mirándolo ansiosamente.

—¿Qué pasa? —exclamó—. ¿Por qué te has marchado, Milton?

—Solamente he salido a buscar tabaco —sonrió él—. ¿Es que ha ocurrido algo?

—No, no… —suspiró ella—. Creí… ¡Oh, qué tonta! ¡Creí que te habrías marchado!

—Desde luego es una tontería —sonrió él—. ¿Está preparada esa suculenta cena a la que me invitas?

CAPÍTULO VII

—¿No te dirán nada porque hayas pasado la noche fuera de casa?

Mireille miró un instante a Milton Blackman sentado junto a ella en el deportivo «Ferrari» y respondió:

—Me pregunto si hablas en serio.

—Claro que sí —refunfuñó Milton.

—Pues no. No me dirán absolutamente nada. Lo he hecho en muchísimas ocasiones. —Mireille lo miró de nuevo ahora vivamente —, pero no por los mismos motivos, te lo aseguro. Lo que ocurre es que muchísimas veces mis amigos y yo nos divertimos por ahí bailando hasta la madrugada.

—¿Y cuándo tocas el piano? —Se pasmó Milton Blackman.

—¡Qué pregunta más divertida! —rió Mireille—. Eres extraordinario, Milton.

—Pero no tanto como tú. A pocas chicas se les ocurriría, después de esta noche, presentarse en casa a las nueve de la mañana para presentar a un sujeto como yo. La verdad es que me estaba preguntando qué clase de relaciones familiares hay entre tú y tu madrastra y su marido.

—Pues es muy fácil. Ellos viven su vida, y yo la mía. Los tres vivimos como millonarios gracias a la fábrica de perfumes que dejó mi padre. Hasta mi mayoría de edad, Charlotte es mi tutora y quien dispone todo lo referente a la fábrica de perfumes. Te confieso que cuando apareció Fritz Marlén en escena, temí mucho que las cosas fuesen a complicarse y que él fuese un sinvergüenza que sólo buscase la fábrica de mi padre. Pero no, la verdad es que vivimos en perfecta armonía los tres y que hasta el momento no tengo nada absolutamente que reprocharles ni a uno ni a otra. Todo va muy bien entre nosotros.

—Y, además, eres muy rica —refunfuñó Milton—. ¿No es así?

—Pues sí —admitió Mireille, riendo de nuevo—. ¿Acaso te molesta?

—Supongo que sería un auténtico cretino si dijera que sí. No, no me molesta. Sólo espero que no se te ocurra tocar el piano mientras yo esté trabajando con mis esculturas.

—¿Te gustaría que diésemos un paseo en él? —propuso alegremente Mireille. Milton respingó y la miró con los ojos poco menos que desorbitados.

—¿Dar un paseo en este cacharro? No lo haría ni estando loco. Ni hablar.

—Pues debe ser muy divertido —dijo Mireille, frunciendo el ceño.

—¿Divertido? Bueno, quizá pueda serlo bajo tu punto de vista, pero yo de globos no entiendo absolutamente nada. Francamente prefiero el *Boeing* 727.

Una vez más, Mireille Monestier se echó a reír. Atrás quedaba una hermosa noche. Delante se ofrecía un nuevo día espléndido de sol, de belleza y de alegría. La vida era tan hermosa para Mireille Monestier que, efectivamente, lo único que podía hacer era reír. Y todavía rió más, cuando observó el pasmo de Milton al entrar ambos en la villa, va a pie, después de haber estacionado el coche en el *boulevard*.

—¡Atiza! —exclamó Milton Blackman—. ¡Un globo! ¡Un globo de verdad!

—¡Oh, por favor, no discutamos! —Ella se detuvo, se colgó de su cuello y lo besó en los labios—. Si no quieres ir en globo no iremos en globo, cariño. ¿Te parece bien?

—Así me gusta —sonrió de oreja a oreja Milton Blackman—. Y como premio a tu inteligencia y buen comportamiento, dejaré de llamarte patatita.

—¡Oh, no! —gimió ella—, no quiero que dejes de llamarme patatita, mi amor.

De nuevo lo besó en los labios. Esta vez Milton Blackman se dijo que valía la pena proseguir con tan agradable actividad.

Y así estaban cuando junto a ellos oyeron la agradable risa que los hizo separarse bruscamente.

En la puerta de la casa, observándoles con cariñosa sonrisa no

exenta de malicia, estaba Charlotte Marlén.

—No sé cómo ha podido ocurrir —dijo la hermosa rubia—, pero ha ocurrido. Si no me equivoco, has traído a casa nada menos que al señor Blackman, Mireille.

—Todo puede explicarse —aseguró Milton.

—Naturalmente. Pero no ahora y aquí. ¿Han desayunado?

—No.

—Claro que sí —aseguró Mireille—. Por cierto que Milton prepara unos desayunos deliciosos.

Charlotte Marlén miraba de uno a otro inquisitivamente.

Por supuesto, la conversación era lo bastante clara para que una mujer de su edad y sin duda de considerable experiencia, comprendiese perfectamente la situación.

—Está bien. Pasad… Fritz también está muy preocupado. *¿Le* gustaría conocerlo, señor Blackman?

—Yo diría que esta situación es un tanto extraordinaria —dijo apaciblemente Milton—. Pero puesto que así se ha presentado, no tengo inconveniente en conocer a todas las personas que Mireille quiera presentarme. Supongo que usted ya tiene comprobado lo terca, decidida y voluntariosa, que es esta jovencita.

—No sabía hasta qué punto —dijo Charlotte—, pero ahora ya lo sé. Vamos a ver a Fritz.

Cuando entraron en la casa, Fritz Marlén estaba cruzando el vestíbulo procedente de su despacho. Acudió a su encuentro y tras una breve y simpática explicación de Charlotte, llena de tacto, miró a Milton Blackman y sonrió amistosamente, tendiéndole la mano.

—Celebro conocerlo, señor Blackman. Precisamente mi esposa me habló ayer del simpático norteamericano rubio que hablaba magníficamente el francés.

—Su esposa es muy simpática y amable…, además de bellísima, señor Marlén —dijo Milton, sonriendo.

—¿No es delicioso? —sonrió Charlotte—. Ya te dije que era un muchacho encantador, querido. Al menos así pensamos Mireille y yo. ¿Cuál es tu veredicto?

Se echaron a reír los cuatro y fueron hacia el salón. Allí estuvieron departiendo, con gran cortesía y amabilidad, durante un buen rato, hasta que Milton Blackman tocó el tema de la escultura. Naturalmente se las arregló para conseguir que Charlotte Marlén se

viese obligada a invitarle a visitar su pequeño estudio.

—Naturalmente que me gustaría —exclamó Milton—. Estaría encantado, señora Marlén.

—¡Por favor! —Alzó las manos Fritz Marlén con un gesto de protesta—. Aquí todos somos demasiado jóvenes para tanta ceremonia, Milton. ¿No está de acuerdo?

—Pues sí…, realmente son todos ustedes muy amables conmigo. Fritz.

—No se dice ustedes, sino vosotros —corrigió simpáticamente Charlotte—. Pero esto se solucionará muy pronto en cuanto nos tratemos un poco más. Bueno, Milton, con mucho gusto voy a enseñarte mi pequeño estudio. ¿Vamos allá?

El estudio de Charlotte Marlén no era ciertamente demasiado grande, aunque tampoco se podía calificar de pequeño. Ocupaba, en la planta baja de la finca, el espacio que originariamente se había destinado a dos habitaciones y cuando menos era más grande que el estudio que tenía Milton en el ático del 76, rué de Dante.

Se veían por supuesto, bastantes esculturas de diferentes tamaños, por todas partes. Algunas, las más pequeñas, estaban colocadas ordenadamente en unos estantes sólidamente clavados a la pared.

Milton Blackman fue recorriendo en silencio el estudio, observando con atención cada uno de los trabajos. Especialmente los pequeños. Efectivamente, en aquellos estantes había pequeñas estatuillas de delfines, caballitos de mar, sirenas, delfines, incluso alguna que otra ballena.

Y en el sitio de modelado, había un gran montón de arcilla que ya estaba tomando la forma de una sirenita.

Uno podía preguntarse para qué quería Charlotte Marlén tantos neptunos, sirenas e hipocampos… Había allí, en aquellos estantes, tantas pequeñas estatuillas variadas sobre estos temas marinos, que se podía poner una tienda con vistas a negociar el trabajo producido.

Pero este sorprendente hecho de que Charlotte Marlén hiciese tantas estatuillas, pasó solamente por el subconsciente de Milton Blackman, ya que su consciente, su atención auténtica de aquellos momentos, estaba concentrada en el hecho de que sin la menor duda, la estatuilla que había visto en manos de aquel sujeto en el

aeropuerto de Niza y de la cual tenía una fotografía, había sido modelada por Charlotte Marlén.

No sólo el estilo un tanto torpe y deformado con respecto a las líneas que marcaba Jean Michel Bouthinon era el mismo, sino que prácticamente, las sirenitas que había en los estantes eran idénticas entre sí e idénticas a la que había rodado por el suelo cuando el portafolios de aquel sujeto del aeropuerto se estrelló en aquél.

Tan sumido estaba Milton en estos pensamientos, que respingó cuando oyó la voz de Charlotte Marlén.

—Francamente, Milton… ¿cómo debo interpretar tu silencio?

—¡Oh, bien! —Se volvió el yanqui a mirar a la rubia—. Estaba tan absorto pensando en qué juicio debía emitir, que hasta me he olvidado de que estoy acompañado.

—Pues no eres muy amable, la verdad —refunfuñó Mireille.

—Me parece que has puesto a Milton en un apuro al exigirle su opinión sobre tus esculturas, querida —dijo Fritz.

—Claro que no —aseguró Milton—, y como tengo la convicción de que estoy acompañado de personas inteligentes y de buen gusto, debo decir que el trabajo de Charlotte me parece muy bonito, muy agradable; representa ese tipo de trabajo que cualquier persona adquiriría en cualquier tienda de arte, para adornar cualquier rincón de su casa…, pero que, ciertamente, no tiene el toque del genio.

—¿Estás de acuerdo con esto, Charlotte?

—Completamente —rió la rubia—. Y cualquier día me decidiré a montar un negocio de venta de mi producción de sirenitas y caballitos de mar. Mientras tanto, simplemente, para no aburrirme, sigo modelando. Y esto es todo. Quizá tu caso sea diferente… ¿qué opinión emitió sobre ti el profesor Bouthinon?

La verdad es que el profesor Bouthinon ha tenido la amabilidad de aconsejarme que me quede en Niza el máximo de tiempo posible y que acuda, siempre que pueda, a su estudio.

—Entiendo —murmuró Charlotte—. Bien; ¿qué tal si tomamos, todos un café?

—La verdad es que tengo muchas cosas que hacer esta mañana —dijo Milton—, y preferiría dedicarme a ellas cuanto antes. Quisiera tener instalado, definitivamente, mi estudio esta noche.

—Lo comprendo —dijo Charlotte— a mí me pasaría lo mismo.

¿Dónde tienes el estudio, Milton?

—En el 76, rué de Dante —murmuró el norteamericano—. Y si no os molesta, voy a comprar algunas cosas e ir para allá, para aprovechar bien el tiempo.

—Te invitaríamos a almorzar —dijo Fritz Marlén—, pero tal como estás exponiendo las cosas, no nos parece oportuno. ¿Querrías, en cambio, venir a cenar?

—Sí…, con mucho gusto, desde luego. A las siete, ¿está bien?

—Yo pasaré a recogerte a tu estudio —se apresuró a decir Mireille—. Así que no te preocupes por la hora, querido. Ocúpate de arreglarlo todo bien y cuando sea el momento, simplemente yo apareceré por allí.

—De acuerdo —aceptó Milton.

—En cuanto a mí —miró Mireille a Charlotte y Fritz—, voy a dedicar la mañana a comprar algunas cosas, así que no volveré hasta después del almuerzo, para cambiarme y pasar a recoger a Milton. ¡Hasta luego!

Milton y Mireille se despidieron de Charlotte y Fritz Marlén, y salieron de la casa… Desde el gran ventanal del estudio de Charlotte, ésta y su marido vieron a la pareja caminando por el jardín y deteniéndose junto al bonito globo de colores listados y haciendo comentarios que provocaron la risa de Mireille Monestier.

—Ese hombre —susurró Charlotte— se ha dado perfecta cuenta de que la sirenita que vio en manos de Béziers en el aeropuerto, era idéntica a las que ha estado contemplando aquí.

—Lo sé —murmuró, también, Fritz Marlén—, pero no te preocupes más por él.

Mientras tú los entretenías afuera, yo llamé a
L'Etóile
informando de que el norteamericano había aparecido. Y Lavelet ha enviado a tres hombres para hacerse cargo de él. Ya deben haber llegado delante de la casa, y en cuanto él salga de aquí lo tendrán bajo su control.

—Pero si no lo conocen bien…

—No hay problema. Béziers, que regresó ayer de Estados Unidos, forma parte de ese trío que va a encargarse de una vez por todas de Milton Blackman.

* * *

Mientras se alejaba definitivamente de la quinta de la muchacha, Milton Blackman pensaba con amargura, que aquella noche él y Mireille no podrían verse. Por la sencilla razón de que él no pensaba volver por el apartamento del 76, rué de Dante. Dirección que había facilitado a Charlotte Marlén porque era inevitable que ésta la consiguiese de un modo o de otro con cualquier argucia, de Mireille. Por lo tanto, él la había dado con toda naturalidad…, pero ya no pensaba volver de ninguna manera a la rué de Dante.

Tampoco podía ir al estudio de Jean Michel Bouthinon, pues no quería comprometer a éste absolutamente en nada. Pero realmente… ¿en qué podía comprometerlo? ¿Qué era lo que estaba sucediendo? ¿Por qué Charlotte Marlén hacía tantas estatuillas de sirenitas de mar, caballitos y neptunos para irlos colocando en aquellos estantes… y luego para que, sin duda alguna, tipos como aquel del aeropuerto los llevasen a Estados Unidos?

Por estos cauces discurrían los pensamientos de Milton Blackman mientras caminaba, preocupadísimo, *boulevard* Risso arriba, cuando un «Citroën Tiburón» de color granate, se detuvo muy cerca de él pegado al bordillo.

Milton Blackman volvió la cabeza hacia allí, y cuando vio al primer hombre que se apeaba rápidamente del coche, comprendió que nuevamente las cosas se ponían muy mal para él.

Porque aquel tipo era el del aeropuerto de Niza; el grosero que le había enviado a la mierda.

Ni siquiera le dieron tiempo a intentar escapar corriendo. Mientras el tipo del aeropuerto se acercaba a él, otro hombre que había salido por la puerta de atrás, se le acercaba también, muy presurosamente, y se colocaba hacia su espalda…, y mientras tanto, en la ventanilla delantera derecha del «Citroën» aparecía el conductor que se había desplazado hacia allí, y por la abierta ventanilla, protegido de la vista de los demás transeúntes, apuntaba a Milton Blackman con una pistola provista de silenciador.

—¿Qué le parece? —dijo socarronamente el sujeto del aeropuerto tras plantarse delante de él—. Volvemos a encontramos, tío listo. ¿Le gustaría dar un paseo en coche o se le ocurre alguna genialidad de las que me han dicho que es usted muy aficionado?

Milton lo miró. Miró fuego al hombre que estaba a su izquierda y casi a su espalda. Miró luego al hombre que desde la ventanilla del «Citroën Tiburón» le apuntaba fríamente.

—Creo que aceptaré ir con usted —murmuró.

—De acuerdo. Entre en el asiento de detrás del coche.

Milton Blackman obedeció. Acto seguido, y mientras el hombre del asiento delantero le mantenía a raya con su pistola, entraron los otros dos. El del aeropuerto le hizo una seña al del asiento delantero y éste se ocupó del volante. El coche se despegó del bordillo y pasó a circular normalmente por el *boulevard* Risso.

—Míreme un momento —dijo el sujeto del aeropuerto.

Milton Blackman volvió la cabeza hacia él para mirarlo cómodamente y entonces el otro le descargó en la parte posterior de la cabeza un golpe tal con su pistola, que Milton Blackman tuvo la impresión de que su cabeza, tras llenarse de millones de estrellas de colores, estallaba en pedazos.

Luego un silencio completo y una total oscuridad.

Capítulo VIII

No debió tardar mucho en despertar, porque cuando lo hizo estaba todavía en Niza.

Los edificios pudo verlos en una perspectiva realmente nueva para él. Y pronto comprendió que estaba tendido en el piso del automóvil, entre el asiento delantero y el trasero, en una postura harto incómoda, con los pies de dos hombres encima de él y, como pudo comprobar muy pronto, con la pistola de uno de ellos apuntándole a la cabeza muy cerca de la nariz.

—Mira, Béziers —oyó la voz—, el señor Blackman se ha despertado.

—Peor para él —le llegó la voz ya conocida del sujeto del aeropuerto—. No lo pierdas de vista, Gilles. Y tú, Laurent, ya sabes, procura no detener el coche de modo que alguien pueda echar un vistazo al interior, tanto desde las aceras como de la parada ante un semáforo.

—Descuida —dijo Laurent, al volante.

No estuvieron mucho tiempo circulando por Niza. Poco después dejó de ver edificios y el descenso de bullicio a su alrededor le hizo comprender que estaban abandonando la ciudad.

Y tan sólo diez minutos más tarde el coche se detenía.

—Final de trayecto, señor Blackman —oyó la voz de Béziers. Ya verá usted lo divertido que lo vamos a pasar ahí dentro.

Entre Béziers y Gilles lo sacaron del coche, por cierto no muy amablemente. Y una vez estuvo de pie, fuera del vehículo, Milton pudo ver el lugar al que le habían llevado. Estaban casi en la misma Niza, tierra adentro. A su espalda estaba el mar, frente a él la montaña, y al pie de ésta, formando parte al parecer de un pequeño polígono industrial, había un edificio bajo y no muy grande en cuya

entrada se leía el nombre de Parfums
L'Etóile.

Tan sólo con este nombre, Milton Blackman tuvo que comprender que había estado haciendo el paleto en manos de gente que no se andaba con miramiento alguno.

Empezando por la propia Mireille Monestier.

Aquel lugar era, sin duda, la fábrica de perfumes de la que la muchacha le había hablado. Y al ver el nombre, la estrella recordó las palabras de Maury y Delaselle cuando le llevaban en el coche para matarlo. Era muy poco probable que Mireille Monestier no formase parte de la encerrona en la que, finalmente, lo habían metido.

—¡Vamos, camine! —dijo Béziers, empujándole por la espalda —. A fin de cuentas los pies no los tiene atados.

Milton se dirigió hacia el edificio escoltado por los hombres cuyos nombres ya sabía: Béziers, Laurent y Gilles. Entraron en la fábrica por un pequeño vestíbulo de recepción donde había una pequeña centralita telefónica atendida por un hombre. Éste miró a Béziers y a los otros dos, hizo lo mismo luego con Milton y continuó atendiendo su trabajo impertérrito.

De nuevo fue empujado Milton violentamente hacia el interior de la fábrica de perfumes
L'Etóile
y después, tras recorrer un amplio pasillo, era introducido en un cuarto en donde solamente había unos cuantos muebles viejos y cajas de cartón y cartulina de todos los tamaños, con el nombre de Parfums
L'Etóile
impreso en ellas.

—Vigiladlo bien —dijo Béziers—, yo voy a buscar al jefe.

Laurent y Gilles se quedaron en el cuarto vigilando a Milton. Gilles señaló una de las sillas y Milton fue allá y se sentó muy obediente. Frente a él, los dos hombres le miraban con suma atención apuntándole con sus pistolas. Al parecer, y sin merecerla realmente, Milton había adquirido una considerable fama de peligroso.

Lo cual no tenía nada de extraño considerando que se había desembarazado de cuatro tipos tan peligrosos como debían ser

Delaselle. Maury, Robeson y Smithson.

—Y el caso es que parece un buen muchacho —comentó Laurent.

—No hay que fiarse de las apariencias. Seguramente este tipo ha sido bien entrenado para hacer trabajos como el que le tiene ocupado, ahora.

—¿Qué trabajo? —preguntó Milton, alzando las cejas.

—Cierre la bocaza. Y prepárese a abrirla, muy bien, cuando llegue Lavelet y empiece a hacerle preguntas. De lo contrario va a saber usted lo que es bueno.

Paul Lavelet tardó apenas un minuto en llegar, acompañado de Béziers y de otros dos hombres. Éstos eran Denis Rémy y Gastón Florac, sus dos socios en el negocio. En un negocio que, evidentemente, escapaba a la comprensión de Milton Blackman.

—Bueno, señor Blackman —dijo amablemente Lavelet, tras acercar una silla y sentarse ante él con el respaldo por delante—, yo creo que deberíamos sostener la conversación de modo amistoso, pero eso sólo depende de usted.

—Le aseguro que no tengo interés en enemistarme con nadie —refunfuñó Milton Blackman—. En lo que sí tengo interés es en saber qué es lo que está ocurriendo.

—Mire, para no alargar demasiado la cuestión, yo le voy a explicar lo que usted dice que no entiende. En nuestra opinión, y tras mucho pensarlo, creemos que usted y la muchacha que tropezó con Béziers en el aeropuerto, estaban de acuerdo. Vigilaban a Béziers, esperaron una oportunidad y simulando aquel encontronazo, consiguieron que Béziers quedase unos momentos aturdido y, sobre todo, que su portafolios cayese al suelo y fuese abierto, de tal modo que vieron la sirenita modelada por Charlotte Marlén.

¿No es así?

—¡Claro que no! —exclamó Milton—. En mi vida había visto a aquella muchacha. Ni siquiera la reconocería ahora, si volviera a verla.

—Pues es una lástima, porque a nosotros nos gustaría que nos dijera quién es y dónde está.

—No tengo ni la menor idea.

—Veamos, señor Blackman, usted lleva unos cuantos días en

Niza dándonos esquinazo con una habilidad formidable. Con una habilidad que, por otro lado, le ha permitido localizar a Charlotte Marlén, al parecer partiendo del tal escultor Jean Michel Bouthinon. Nosotros no podemos imaginar qué clase de recursos ha estado utilizando usted, pero lo cierto es que ha llegado hasta Charlotte Marlén y que ha visto sus esculturas. Es decir, que después del truquito del aeropuerto y ver la sirena que llevaba Béziers, ha conseguido llegar hasta la mismísima Charlotte Marlén. No vamos a discutir más este aspecto. Ahora díganos: ¿para quién trabaja usted y qué más ha descubierto?

—Usted está loco —farfulló Milton.

Denis Rémy, de pie junto a Paul Lavelet, miró a Milton con gesto conmiserativo.

—Será mejor que conteste a las preguntas de Paul, muchacho, o va a pasarlo usted muy mal.

—Tan mal —sonrió el otro socio, Gastón Florac— que nunca podría reponerse de ello. Vamos, sea juicioso, señor Blackman.

—Está usted recibiendo los mejores consejos de su vida —sonrió Paul Lavelet—. Mire, Blackman, nosotros tenemos en juego demasiadas cosas para andamos con tonterías. Usted ya sabe que un negocio tan grande como el que, sabiéndolo o no, está a punto de meter la nariz, no funciona con remilgos, ¿no es así?

—¿A qué negocio se refiere? —murmuró Milton.

De nuevo frunció el ceño Paul Lavelet. Pero, de pronto, pareció cargarse de paciencia. Encendió un cigarrillo y tras echar el humo sobre la cara de Milton explicó:

—Esta fábrica de perfumes, que muchas personas creen que funciona de maravilla, en realidad estaba prácticamente arruinada cuando *monsieur* Monestier falleció y la dejó en herencia a su hija, bajo la tutela en todos los órdenes de Charlotte Grée, la joven esposa de *monsieur* Monestier. Nosotros andábamos buscando algo así, de modo que nos las arreglamos para que nuestro buen amigo Fritz Marlén, entrase en contacto con la viuda. Las cosas salieron mucho mejor de lo que pensábamos, porque ésta inmediatamente se enamoró de Fritz Marlén. De este modo, cuando Fritz le hizo la proposición, ella estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa…, se entiende cualquier cosa proveniente de él, y sobre todo cuando supo que, pese a haberse casado con Monestier por su dinero, en

aquellos momentos se encontraba arruinada. Para sobrevivir, hubiera tenido que vender la casa, lo cual no estaba dispuesta a hacer por poco que pudiera, pues disponer de una quinta como ésa en pleno *boulevard* Risso, no está al alcance de cualquiera. Así las cosas, Charlotte tuvo el buen sentido de escuchar las detalladas proposiciones que le hizo Fritz Marlén.

—¿También se las hizo a Mireille Monestier? —murmuró el yanqui.

—No —negó Lavelet, sonriendo—. La muchacha no tiene ni la más leve idea de lo que está ocurriendo en la fábrica de su padre. Ella cree que todo funciona como siempre y que en L'Etóile se siguen produciendo perfumes.

—¿Y no es así? —Pareció sorprenderse Milton.

—No. En la fábrica de perfumes L'Etóile, en la actualidad se producen muy pocos perfumes… y muchas drogas, señor Blackman. La verdad es que los laboratorios están más destinados a la elaboración de drogas que de perfumes. Nuestra especialidad es la cocaína. La elaboramos de tal modo, la manufacturamos en un estado tan refinado, que estamos consiguiendo introducimos enormemente en el cada día más difícil mercado norteamericano. Y digo difícil porque entrar drogas en Estados Unidos es cada vez más complicado y peligroso…, pero usted ya sabe bastante de eso, ¿no es así?

—¿Yo? No tengo ni idea.

Paul Lavelet sonrió irónicamente y prosiguió:

—Como le digo, introducir drogas en Estados Unidos resulta cada vez más difícil y peligroso. Así que montamos nuestro propio equipo de investigadores. Y, finalmente, conseguimos algo sorprendente. Tratada con determinado líquido de nuestra invención, la cocaína se convertía en una especie de barro, o arcilla. Así que tuvimos la gran idea que usted seguramente ya ha descubierto.

—Yo no he descubierto nada…, pero me parece que empiezo a descubrirlo y a comprenderlo todo.

—¡Ah, magnífico! En ese caso, ya debe estar usted al corriente de todo el proceso de que le hablo. Nosotros compramos la droga en

su estado bruto y la traemos aquí a la fábrica. Aquí es tratada de tal modo que queda refinada al máximo. Una vez refinada por medio de este producto líquido inventado en nuestros propios laboratorios, la cocaína se convierte en una especie de tierra o arcilla, que puede ser amasada de tal modo que se convierte en barro. Entonces Charlotte Marlén aprendió a hacer divertidas estatuillas…, dentro de las cuales, rellenándolas, formando parte de ellas, van grandes paquetes de cocaína en dirección a Estados Unidos.

—O sea, que Charlotte envuelve con verdadera arcilla grandes paquetes de cocaína convertida en barro con ese producto, y luego modela estatuillas como las que he visto en su estudio. Y esas estatuillas son trasladadas a Estados Unidos por hombres como Béziers y vendidas allí.

—Exactamente —sonrió Paul Lavelet—. De este modo estamos consiguiendo introducimos en Estados Unidos, adquiriendo interesantísima clientela que se muestra muy agradecida a nosotros. Como usted comprenderá, el proceso de recuperación de la cocaína es muy fácil. Basta romper la estatuilla, separar la arcilla y el pegote de cocaína tratada con nuestro invento, colocarla en unos pequeños hornos que provocan la evaporación del líquido con que fue tratada la heroína y deja ésta libre y magníficamente manufacturada otra vez. Es un proceso interesantísimo… y muy seguro, señor Blackman, porque ninguna aduana o vigilancia del mundo puede descubrir el sistema de pasar la cocaína, ni siquiera aunque partiesen las estatuillas, ya que, en este caso, todo lo que se ve es el interior de una pieza modelada con barro, simplemente.

—Sí. Ya lo he entendido.

—Estupendo. Y ahora que usted lo ha entendido ya todo y no tiene que molestarse en andar metiendo sus narizotas por ahí, dígame, ¿pertenece usted quizá a la brigada de Narcóticos norteamericana? ¿Al FBI? ¿A la Interpol?

—No pertenezco a ninguno de esos organismos —insistió Milton Blackman—. Solamente soy un escultor metido en esto por pura casualidad.

—Señor Blackman, cuando usted tuvo el pequeño asuntillo con Béziers, en el aeropuerto de Niza, se iba a marchar con destino a París. Lo comprobamos posteriormente. Sin embargo, se quedó usted en Niza. ¿Por qué lo hizo? ¿No es cierto que lo hizo porque

creía tener una pista para llegar hasta nosotros?

—No.

—¿No es cierto que usted, o algunos de sus compañeros, están vigilando el hospital donde permanecen internados Delaselle y Maury, esperando que éstos reciban visitas o esperando que salgan para seguirlos y llegar hasta nosotros?

—Claro que no.

—Entonces, señor Blackman… ¿puede usted decirme por qué se quedó en Niza y qué es lo que ha estado haciendo?

—Me quedé para localizar al hombre que había creado, o enseñado a crear, las líneas escultóricas de la estatuilla que llevaba Béziers. Y durante cuatro días estuve buscándolo. Eso es todo lo que me interesaba de Niza.

—Yo creo —dijo Béziers— que el señor Blackman se está poniendo difícil, Paul. Deberíamos ablandarle un poco.

—Sí… —suspiró Paul Lavelet—, la verdad es que el señor Blackman no nos está dejando otra alternativa. Y lo siento por él, porque nosotros desde luego estamos dispuestos a todo, con tal de saber hasta dónde han llegado las investigaciones del señor Blackman, a fin de saber si nos conviene levantar el campo o podemos continuar trabajando en un lugar tan conveniente como la fábrica Parfums
L'Etóile.

—Yo no sé nada de todo esto —insistió Milton.

Béziers ya no esperó más. Se acercó a él y sin duda, recordando lo sucedido en el aeropuerto días atrás entre ambos, disparó su puño derecho contra el rostro de Milton Blackman. El impacto alcanzó a Milton de lleno en la nariz, derribándolo de nuevo al suelo salpicando sangre a todos lados. Semiaturdido, con los ojos llenos de lágrimas y notando el calor de la sangre en la boca, y deslizándose luego por la barbilla y cuello, Milton fue puesto en pie por Laurent y Gilles. Frente a él Béziers volvió a disparar su puño, esta vez hacia el estómago del escultor norteamericano.

Milton Blackman lanzó el aire con un fortísimo suspiro y habría caído de rodillas si los amigotes de Béziers no hubiesen continuado sosteniéndole en pie. Y Béziers volvió a golpearle, ahora en el hígado.

Milton quedó lívido, desencajado el rostro y los ojos giraron en

sus órbitas, velozmente, antes de que los párpados se abatieran. Pero Béziers, indudablemente, estaba dispuesto no sólo a convencerle de que debía contestar a las preguntas de Paul Lavelet sino a divertirse personalmente.

Así que asió los cabellos de Milton, levantó así la cabeza del escultor y aplicó en el ensangrentado rostro dos violentísimas bofetadas.

No hubo reacción alguna por parte de Milton Blackman. Y Gilles que junto con Laurent notaba todo el peso del escultor en sus brazos, dijo:

—Se ha desvanecido. Al menos eso parece, Béziers.

—Está fingiendo —gruñó Béziers—. Yo le voy a enseñar a…

—Ya basta, Béziers —dijo Paul Lavelet poniéndose en pie—. Por el momento, el señor Blackman tiene una pista sobre lo que va a ser de él si no contesta a mis preguntas. Y, desde luego, no quiero que muera antes de que lo haya hecho. Por lo tanto, vamos a esperar a que se recupere y seguiremos la sesión. Pero con más refinamiento, no tan brutalmente.

—Está bien —admitió de mala gana Béziers.

—Tú te vas a quedar vigilando. Los demás venid conmigo. Tenemos que recoger algunas cosas en el laboratorio porque mucho me temo que tendremos que abandonar Parfums
L'Etóile.

—Está bien.

Laurent y Gilles soltaron a Milton Blackman, que se desplomó en el suelo como muerto, rodó y quedó tendido cara al techo. Por supuesto, desvanecido completamente, ya que no estaba fingiendo en absoluto. Cuando se quedó a solas con él, Béziers se acercó y, tras sonreír cruelmente, golpeó a Milton en un costado con un pie.

Milton Blackman ni siquiera reaccionó y esto pareció decepcionar a Béziers. Agarró una silla, se sentó delante del desvanecido y sangrante norteamericano y se dispuso a esperar.

Milton no tardó ni siquiera un minuto más en volver en sí. Lentamente, parpadeando como fatigadísimo, fue abriendo los ojos que, por fin, quedaron fijos en el techo. Luego se desviaron y acabaron por localizar a Béziers. Un destello de furia pasó por los ojos de Milton Blackman, pero se apresuró a desviar la mirada. Béziers, sentado ante él, volvió a sonreír.

—¿De manera que estás enfadado conmigo, amiguito? —acabó riendo—. Sí. Ya supongo que si pudieras ponerme la mano encima, ibas a devolverme adecuadamente los golpes. Pero olvídalo… eso no podrás conseguirlo. Y, además, dentro de poco yo seré quien vuelva a jugar contigo.

Milton Blackman ni siquiera contestó. Con un esfuerzo consiguió quedar sentado, siempre naturalmente con las manos atadas a la espalda. Sacudió la cabeza, sopló con fuerza de la nariz y de ésta brotó algo más de sangre después de unos pequeños coágulos.

—Ya no estás tan guapo, ¿sabes? —rió Béziers.

Tampoco Milton Blackman se molestó en contestar. Si hubiese tenido las manos libres y Béziers no hubiera dispuesto de una pistola, estaba seguro de que hubiera podido hacerle pedazos a puñetazos. Pero Béziers era uno de esos clásicos matones que se sentían fuertes y valientes cuando tenían un arma en la mano y, por lo tanto, nunca se arriesgaría a hacer las cosas de otro modo.

En el fondo, Milton Blackman sentía una extraña alegría que lo tenía desconcertado. Y desconcertado estuvo hasta que descubrió cuál era el motivo. El motivo puro y simple era que había sabido que Mireille no tenía nada que ver con todo aquel asunto. Es decir, que quienes lo estaban manejando eran Charlotte y Fritz Marlén con el tal Lavelet y toda aquella pandilla. Pero no Mireille. No su pequeña patatita. Y pensando estaba en su patatita, cuando detrás del sonriente Béziers la puerta de aquel cuarto se abrió y en el umbral apareció… ni más ni menos que Mireille Monestier.

Milton Blackman se pasaría el resto de la vida preguntándose cómo pudo contener su expresión de pasmo, su grito de sorpresa al ver allí a la muchacha. Lo cierto fue que se quedó completamente impávido…, quizá porque al ver en manos de la muchacha la barra de hierro oxidada, comprendió lo que iba a suceder.

Y sucedió.

Mientras Milton Blackman conseguía mirar hacia otro lado con expresión sombría, como ajena a todo, Mireille Monestier, caminando sigilosamente los pocos pasos que la separaban de la espalda de Béziers, llegó tras éste, alzó la barra de hierro y muy pálida, con los ojos cerrados, la dejó caer con relativa fuerza.

Fue suficiente.

El golpe alcanzó a Béziers en la parte alta y posterior de la

cabeza. La cabeza resonó como un melón y Béziers, profiriendo apenas un ahogado gemido, se desplomó al suelo inerte.

—¡Desátame, pronto! —exclamó Milton.

Mireille Monestier, pese a la petición, estuvo tres o cuatro segundos contemplando con expresión desorbitada a Béziers, de cuya rota cabeza comenzaba a manar la sangre en abundancia. Pero reaccionando, la muchacha se acercó a Milton que se había tendido boca abajo ofreciendo sus manos atadas, y procedió a desanudar nerviosamente las cuerdas.

En pocos segundos Milton estaba libre. Lo primero que hizo fue acercarse a Béziers, apoderarse de su pistola y acto seguido tomarle el pulso. Miró a Mireille y le sonrió crispadamente.

—Está vivo, patatita. No temas haber matado a una persona.

—Creí…, creí que no podría… hacerlo nunca, Milton.

—Pues lo has hecho. Y ahora… ¡pronto, larguémonos de aquí!

—Sí… Tengo el coche en la parte de atrás de la fábrica.

Milton asintió, se acercó a la puerta, la abrió y se asomó un instante al pasillo, retrocediendo velocísimamente y ajustando la puerta.

—Está pasando un hombre en dirección a la salida —susurró—. Tenemos que esperar un poco. ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí, patatita?

—No creo que haya nadie en el mundo que conozca mejor que yo este lugar —murmuró la muchacha—. De niña venía aquí con mi padre en muchas ocasiones, y mientras él trabajaba en su despacho yo jugaba por todas partes.

—Entiendo. Pero ¿cómo has llegado tan oportunamente a Parfums
L'Etóile?

—Es que…, bueno… la verdad es que cuando dije que tenía que hacer algunas compras, lo que yo quería era seguirte, Milton.

—¿Por qué?

—Charlotte decía que quizá tú estuvieses preparando algo contra el profesor Bouthinon. Y aunque yo estaba convencida de que no era así, quise asegurarme definitivamente para decírselo a Charlotte y a Fritz para que no se interesaran más por tus andanzas y paradero.

—O sea, que tú ya sabías que ellos se interesaban por mí.

—Sí. Cuando el día que nos conocimos por la mañana, Charlotte bajó del estudio del profesor Bouthinon, ya me dijo que te vigilase, pues temía que estuvieses preparando algo malo. Por lo tanto, el encuentro por la noche en el *snack* no fue casual, sino que te estuve esperando todo el día.

—Debiste acabar maldiciéndome —sonrió, crispadamente, Milton Blackman—. En cuanto a Charlotte, es lógico que se interesase por mí, puesto que después de lo ocurrido en el aeropuerto de Niza, me encontró precisamente ella en el estudio de Bouthinon y, encima, le mostré una fotografía en la que aparecía una de sus sirenitas. Es decir, ella comprendió que yo era el tipo que Béziers le había mencionado y el que había escapado de Delaselle y Maury.

—No sé de qué estás hablando —abrió mucho los ojos la muchacha.

—No importa. Ya te lo explicaré en un momento más oportuno. Voy a echar otro vistazo.

Así lo hizo. Y en esta ocasión parecía que no había peligro. Salieron los dos de aquel cuarto e inmediatamente Mireille tomó la iniciativa, tomando de la mano a Milton Blackman y llevándole hacia el fondo de Parfums
L'Etóile.

En menos de diez segundos, y sin saber cómo, tras cruzar pasillos y un par de oscuros almacenes, Milton Blackman se encontró ante una puerta que parecía estar en desuso. Sin embargo, Mireille Monestier la abrió fácilmente y salió. Milton lo hizo tras ella y en seguida vio el «Ferrari» deportivo a unos doscientos metros, fuera de los terrenos de la fábrica y bajo la sombra de unos cuantos pinos.

Sin necesidad de comentario alguno, agarrados de la mano, los dos echaron a correr hacia el vehículo. Medio minuto más tarde, jadeantes, sobre todo Mireille, ambos saltaban al asiento del «Ferrari». La muchacha lo puso en marcha y el motor rugió poderosamente. Un instante después, tras efectuar marcha atrás, el coche partía raudamente por el estrecho camino en dirección a la carretera que descendía hacia el centro de Niza.

—¡No te detengas por nada hasta llegar a un sitio desde donde podamos telefonear a la policía! —gritó Milton—. De lo demás me

encargo yo.

—Pero ¿adónde vamos? —gritó, también, Mireille.

—A tu casa. Voy a encargarme de mantener a raya a Fritz y a Charlotte hasta que la policía llegue para detenerlos. Ya te lo explicaré todo. Tú ocúpate ahora sólo del volante.

Las precauciones de Milton Blackman fueron muy acertadas. Porque Mireille Monestier tuvo que esforzarse no poco en concentrar toda su atención en el coche que conducía, cuando apenas alcanzaron la carretera apareció en la explanada frontal de la fábrica el grupo de hombres corriendo hacia ellos.

Con un rápido vistazo, mientras pasaban muy cerca de allí, Milton Blackman reconoció a Laurent, Gilles, Paul Lavelet, Gaston Florac y Denis Rémy… Laurent y Gilles fueron los que corrieron hacia uno de los coches detenido delante de la fábrica. Tras ellos dos, mucho más pesado, corrió Gaston Florac, que entró también en el coche, y partieron los tres inmediatamente en persecución del «Ferrari».

Milton Blackman comprendió quién había de ganar aquella persecución en una carretera sinuosa. Sólo podían ganarla aquellos hombres, mucho más avezados y endurecidos que Mireille Monestier. Por lo tanto miró a la muchacha y ordenó:

—Frena ahora mismo.

—¿Qué?

—Que frenes.

Mireille no entendía nada de nada, pero obedeció. Con agudo chirriar de neumáticos, el «Ferrari» quedó detenido unos treinta metros más allá. Quedó un poco de lado, casi saliendo las ruedas traseras de la carretera hacia el descenso del arcén hacia cuyo límite estaba el descenso de la colina sobre la que discurría la carretera.

Tal como Milton Blackman había previsto muy lógicamente, el otro coche apareció en pocos segundos en la curva de la carretera.

Entonces el escultor norteamericano alzó la mano armada con la pistola de Béziers, apuntó un instante y disparó.

¡Plop!

Unos cuarenta metros más allá, en la curva, Laurent, al volante, ni siquiera tuvo tiempo de sorprenderse al ver detenido el coche que tan velozmente habían empezado a perseguir. La bala dio en el

cristal parabrisas reventándolo en un surtidor de pequeños brillantitos que inundaron el interior del coche… Al volante, Laurent tuvo una reacción instintiva y que resultó mortal. Alzó ambos brazos para protegerse… y el coche salió como dispuesto a despegar fuera de la carretera.

Sólo que no despegó.

Seis o siete metros de vuelo fueron suficientes para encontrar en la ruta un grueso pino contra el que se estrelló, con horrendo crujido, el automóvil. Un instante después, convertido en una antorcha, los restos de aquel ataúd metálico que contenía tres personas trituradas por el terrible choque y envueltas en fuego, caía sobre la pinocha y quedaba ardiendo con gran aparato de humo negro al pie del enorme pino.

En la carretera, vuelta la cabeza, Mireille Monestier contemplaba, con ojos desorbitados, la nube de humo negrísimo que era todo lo que quedaba de la horrenda escena que había presenciado.

—¡Vámonos! —gritó Milton—. ¡Mireille, despierta, tenemos que alejamos de aquí inmediatamente!

La muchacha reaccionó. Sacudió la cabeza, miró a Milton, asintió, y emprendió de nuevo el veloz descenso hacia Niza.

Ni siquiera medio minuto más tarde, otro coche llegaba al lugar donde ardía el primero.

Del vehículo descendieron Paul Lavelet y Denis Rémy. Ambos se acercaron al borde de la carretera y lívidos, desencajados sus rostros, estuvieron unos segundos contemplando lo que quedaba de sus tres compañeros y el coche.

Por fin Paul Lavelet se volvió hacia Denis Remy y murmuró con voz ronca:

—Tenemos que volver a L'Etóile ahora mismo, Denis. Ese maldito Blackman nos ha estropeado todos los planes, por el momento.

—¿Qué vamos a hacer?

—Haremos lo que tenemos que hacer. Dejaremos a los demás que se las arreglen como puedan, menos a Béziers, que sabe demasiado. A éste lo mataremos. Luego recogeremos las cosas y nos marcharemos con el coche hacia el puerto de Niza para embarcar

en el *Papillón* y marchamos. Pero antes habrá que llamar por teléfono a la casa de Fritz.

—Es cierto. Hay que avisarle para que él y su mujer también escapen.

Paul Lavelet miró a Denis Rémy con un gesto entre conmiserativo y furioso.

—No entiendes nada de nada —gruñó—. Fritz se ha ablandado mucho en este tiempo que lleva viviendo, aunque sólo sea aparentemente, de modo tan apacible con su hermosa rubia y en un ambiente tan agradable. Por lo tanto, en un momento de peligro no podemos confiar en él. Se desmoronaría en cuanto la Interpol le apretase las clavijas.

—¿Qué quieres decir? —Palideció aún más Denis Rémy.

—Pues lo que he dicho. Y bien claro lo he dicho.

—Pero… no podemos hacer eso.

—Podemos. Y eso es lo que voy a ordenar por teléfono cuando lleguemos a la fábrica a hacer todo lo que te he dicho. ¡Volvamos allá, pronto!

Se metieron de nuevo en el coche, y mientras arrancaba, Denis Rémy, con ojos desorbitados, creía estar viendo ya cuál iba a ser el destino de Fritz y Charlotte Marlén.

CAPÍTULO IX

El criado colgó el auricular del teléfono y Charlotte Marlén lo miró con expresión interrogante.

—¿Quién era, René?

—Era un recado para usted y el señor Marlén, señora —dijo el mayordomo. Y añadió—. Pero se me ha pedido que lo traspase a ustedes dos a la vez. ¿Sería tan amable la señora de reunirse con el señor en su despacho? En seguida estaré con ustedes, para darles el recado.

Charlotte Marlén no salía de su asombro, pero tomó la decisión más sabia de todas. Se puso en pie y abandonó el salón para reunirse con Fritz en el despacho. Cuando entró en éste, su marido alzó la cabeza y la miró sonriente.

—¿Qué ocurre, querida?

—No lo sé. Han llamado por teléfono, René ha contestado, naturalmente, y cuando le he preguntado quién era, me ha dicho que me reuniera aquí contigo para darnos el recado a los dos a la vez.

También Fritz Marlén exteriorizó un gesto de sorpresa, y estuvo irnos segundos con el ceño fruncido, reflexionando. Por fin encogió los hombros y señaló un sillón, delante de su mesa.

—Siéntate. Estaba terminando de…

La puerta del despacho volvió a abrirse y entraron René, Marcel, que era el jardinero-chófer, y Marie, que era la cocinera-doncella. Los tres componían la totalidad del servicio, en la quinta del *boulevard* Risso.

—¿Qué pasa? —se sorprendió Fritz Marlén—. ¿A qué viene esta visita colectiva, René? René ni siquiera se molestó en contestar. Del bolsillo izquierdo de la chaqueta sacó su pistola con silenciador y

apuntó, serena y fríamente, a Fritz Marlén. Éste abrió la boca debido al asombro… y por allí, por la boca, le entró la bala disparada por René.

Emitiendo un extraño sonido gutural, Fritz Marlén se desplomó hacia atrás arrastrando su sillón, mientras la bala salía por la nuca salpicando sangre y cabellos a todos lados.

Charlotte Marlén contemplaba, petrificada por el terror, la pistola que René había vuelto, ahora, hacia ella, y que apuntaba al centro de su pecho.

—No… —gimió—, no, no, no. A mí no, René.

—Lo siento, señora —sonrió, tan ceremonioso y atento como siempre, René—. Pero son órdenes del señor Lavelet. Las cosas se han complicado muchísimo en
L’Etóile
y ellos tienen que escapar. Dice que, por culpa del señor Blackman, es evidente que usted y el señor están o estarán en gravísimo peligro, en una situación muy comprometida que él no está dispuesto a soportar. Así que ha decidido eliminarlos para que no hablen del producto que convierte la cocaína en barro. Nosotros tenemos que recoger toda la cocaína que haya en casa y las estatuillas que usted ya tenga hechas, y reunimos con Lavelet en el mar.

—Pe… pero no tienes por qué matarme. Yo puedo ir, también, con vosotros y reunirme con Paul.

—Lo siento, señora, pero él me ha ordenado que los mate a los dos. Y luego Marcel, Marie y yo, nos iremos con las drogas y las estatuillas, en el globo.

—No…, por Dios, no.

René se limitó a mover la cabeza mientras apretaba el gatillo de la pistola por segunda vez. Sonó el chasquido del amortiguado disparo y la bala fue a clavarse sobre el turgente y hermoso pecho de la rubia Charlotte Grée; de casada, Monestier en primeras nupcias, y Marlén en segundas. La muerte fue instantánea. Charlotte quedó sentada en el sofá con la boca abierta y todo el rostro descompuesto por un gesto de miedo y de protesta…, que de nada le había servido.

—Es una lástima que tengamos que marchamos de aquí —dijo Marie—. La verdad es que se estaba muy bien y muy tranquilo.

—En cuanto a mí —refunfuñó Marcel—, eso de ir en globo no me hace ninguna gracia, francamente.

—Tendréis que viajar en globo —sonrió René—. Y ello por una razón muy sencilla… Si fuésemos al encuentro de Lavelet de cualquier otro modo, las cosas podrían complicarse. En cambio, si vamos con el globo, en cuanto estemos sobre el mar él nos verá, y con su lancha yate *Papillón* acudirá a nuestro encuentro. Entonces sólo tenemos que dispararle unas cuantas veces al globo para que éste se deshinche y caiga al mar. Seremos recogidos en el barco y… eso será todo por el momento. No me cabe la menor duda de que el señor Lavelet encontrará el modo de volver a organizar el negocio en cualquier otra parte. De modo que manos a la obra; recojamos la cocaína que tiene guardada Fritz Marlén en la caja fuerte, y las estatuillas que ha estado haciendo la señora.

—Está bien —se resignó Marcel—. Vamos, Marie.

—Y no os descuidéis, por si viniese alguien a la casa —insistió René—. Yo voy a abrir la caja fuerte, recogeré la cocaína de su interior y me reuniré con vosotros en el estudio, por si tengo que ayudaros a cargar algunas estatuillas.

—De acuerdo.

Marcel y Marie abandonaron el despacho y René, tras tomar las llaves de un cajón de la mesa escritorio de Fritz Marlén, se dispuso a abrir la caja fuerte cuya combinación conocía perfectamente.

Sólo tenían que hacer las cosas con inteligencia y rapidez y podrían marcharse de allí sin que nadie, en absoluto, les molestase.

* * *

Nadie conoce mejor un lugar que una persona que, de niño, ha estado jugando en él. Mireille Monestier había demostrado esto en la fábrica Parfums
L’Etóile.
Y ahora lo acababa de demostrar en la quinta sita en el *boulevard* Risso.

Aunque Milton Blackman no salía de su asombro, lo cierto es que habían entrado por un lado de las verjas que jamás se le hubiera ocurrido sospechar a él que pudiera ser abierto. El procedimiento era muy simple; un barrote estaba suelto en su parte inferior y Mireille sólo tuvo que apartarlo sin grandes esfuerzos

para que ambos pudiesen entrar en el jardín de la quinta…, bajo la curiosa y sonriente mirada de algunos transeúntes que circulaban arriba y abajo por aquella parte del *boulevard* Risso.

Lo cierto era que después de haber dejado el «Ferrari» algo alejado de la casa, habían conseguido entrar allí sin que desde ésta se les hubiese podido ver. Con esto, Milton Blackman esperaba atrapar por sorpresa a Fritz y Charlotte Marlén, y mantenerlos bajo la amenaza de la pistola que le había arrebatado a Béziers, hasta que llegase la policía…, lo cual no podía tardar ya mucho en suceder.

Acurrucados en el jardín, Mireille señaló hacia un lado de la casa.

—Por allá está el despacho. Seguramente Fritz está trabajando en él… y, como hace calor, tendrá la ventana abierta. A lo mejor podríamos sorprenderle desde la ventana, Milton.

—Buena idea —aprobó el norteamericano.

Dicho y hecho. Se deslizaron por el jardín, llegaron ante la ventana del despacho de la hermosa quinta, y dispuesto a todo, Milton Blackman asomó su deteriorado rostro por el hueco de la ventana, acompañándolo con la pistola.

Inmediatamente palideció. Lo primero que vio fue a Fritz Marlén caído tras su mesa escritorio y con el sillón volcado. Luego, en uno de los sillones que daban frente a la mesa de Fritz y por lo tanto a la ventana, vio a Charlotte Marlén… Quedó paralizado de espanto y reaccionó, debido al respingo de sobresalto y terror que Mireille profirió junto a él, al asomarse.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha.

Milton la asió de un brazo y la apartó de allí. Estaba tan pálido como Mireille, pero, evidentemente, conservaba más la serenidad.

—Me parece que lo que esté sucediendo en esta casa, no podríamos afrontarlo nosotros, patatita —dijo con voz tensa, intentando tranquilizarla con su broma de siempre—. Lo mejor será que salgamos para esperar afuera a la policía.

—Pe… pero están muertos.

—Desde luego. Y precisamente por eso, nada podemos hacer. Quienes los hayan matado son, desde luego, unos asesinos… y quizá estén todavía en la casa. Lo mejor será que nosotros nos alejemos para ponernos a salvo y solamente intervengamos si las personas

que han asesinado a Fritz y Charlotte intentaran escapar de la casa.

Mireille Monestier no tuvo nada que oponer. Se alejaron de aquella parte de la casa, y siempre por entre los arbustos de flores del jardín, fueron hacia el sendero para ocupar una posición que les permitiese ver la casa de frente, de tal modo que verían a cualquier persona que la abandonase ya fuese a pie o saliendo en coche desde el garaje.

Y apenas se habían aposentado allí, a la espera de la policía, cuando de la casa vieron salir a tres personas cargadas con gruesos fardos que parecían pesar considerablemente.

—Son los criados —exclamó Mireille Monestier—. Vamos a que nos digan…

—¡Quieta! —la retuvo rudamente Milton por un brazo—. Pueden haber sido ellos los que han matado a Fritz y Charlotte.

—¡Oh, no! —exclamó Mireille—. No es posible, Milton.

—Pues yo creo que sí es posible —refunfuñó él—. Pero pronto lo sabremos. No te muevas de aquí.

—Pero…, Milton, creo que…

Milton Blackman no hizo caso a la muchacha. Salió del escondrijo de los arbustos apareciendo así delante de Marcel, René y Marie, que estaban como a unos treinta y cinco metros como máximo de distancia, todavía bajando la breve escalinata del pórtico de la casa. Al ver a Milton Blackman, los tres quedaron un instante petrificados por el asombro. Inmediatamente René dejó caer el pesado fardo que transportaba y llevó la mano derecha al sobaco izquierdo, bajo la chaqueta.

—¡Es el americano! —exclamó—. ¡Matémosle!

No demasiado sobresaltado, pues Milton realmente había esperado algo así, saltó hacia el otro lado del sendero, cayendo sobre unos arbustos de flores que aplastó y acabó rodando al otro lado.

Mientras tanto, desde la escalinata René y Marcel habían comenzado a disparar y algunas balas pasaron zumbando por encima de Milton con fuerte crujido, arrancando flores y hojas.

—¡Milton! —gritó Mireille, aterrada.

Milton no tuvo tiempo de pensar en si debía o no contestar a Mireille, porque, desde la casa, le llegó la voz de René:

—Marie, la señorita Monestier también está ahí; ve a encargarte

de ella. Que no escape con vida.

Acto seguido, Milton oyó la exclamación de miedo de Mireille, que apareció por entre los arbustos, al otro lado del sendero, y lanzándose a toda prisa para cruzar éste.

—¡No! —gritó Milton—. ¡No te muevas de ahí!

Tenía razón en la advertencia, porque desde la casa, implacables, René y Marcel dispararon tres o cuatro veces contra la muchacha. Pero debe ser cierto que los milagros existen, porque ésta cruzó indemne el sendero y fue a caer junto a Milton, cuyo rostro estaba blanco como la leche.

—¡Marie! —gritó Marcel—. ¡Vuelve! La señorita Monestier se ha reunido con el americano.

—¡Cuidado! —Llegó, también, la voz de René—. Tened mucho cuidado de adónde disparáis, pues podríais reventar el globo y eso no nos interesa.

Milton Blackman, que estaba palpando a Mireille Monestier incrédulamente, asegurándose de que, en verdad, la muchacha estaba sana y salva, alzó la cabeza al oír las últimas palabras de René. Luego su mirada fue hacia el globo, cuya alegre esfera de plástico de colores se veía por entre los arbustos y los troncos de los pinos.

—¡Vamos! —Exclamaba de nuevo René—. Hay que terminar con esos dos cuanto antes.

Milton miró a Mireille y susurró:

—El globo…, no sé por qué, pero no quieren disparar contra el globo. Vamos a ver si podemos protegernos con él, patatita.

Se puso en pie, pero manteniéndose encorvado y tomando una mano de la muchacha, que había adoptado idéntica postura, se desplazaron rápidamente hacia donde estaba el globo. Apenas comenzaron a mover los arbustos, oyeron tras ellos los apagados chasquidos de los disparos efectuados por René, Marcel… y, al parecer, incluso por Marie. Por encima de ellos, las flores, las hojas y algunas cortezas de pinos, saltaban con fuertes chasquidos.

Pero Milton Blackman se había fijado un objetivo, y cuando Milton Blackman se fijaba un objetivo, era poco probable que se le escapase.

Así que, pese a los disparos que oían a su alrededor y los crujidos de las balas contra los troncos y las flores, consiguieron

llegar al globo, en cuya cesta se zambulleron con ágil salto que terminó sobre unos montoncitos de saquitos de lastre apilados en el fondo de la gran cesta de plástico.

—¡Están en el globo! —Oyeron la voz de Marie—. Les he visto meterse dentro de la cesta, René.

—Pues mucho cuidado. Están desarmados; así que no corramos riesgos en disparar de modo que podamos reventar el globo.

Al oír esto, Milton Blackman frunció el ceño. ¿De modo que creían que estaban desarmados? Muy bien.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Milton? —susurró Mireille, mirándole como si él pudiese resolver todos los problemas del mundo.

—Ante todo, los vamos a asustar —refunfuñó Milton—, y luego…, luego nos iremos de aquí en globo.

—¿Qué…, qué dices, Milton?

—Que nos iremos en globo.

—Pero tú dijiste que ni estando loco subirías en…

—No me importa lo que dije. Nos vamos a largar de aquí en globo.

Se asomó por el borde de la cesta y lanzó una exclamación de sobresalto cuando vio a menos de doce metros de ésta a René, que se acercaba deslizándose por el suelo. Para convencerlos de que estaban armados, Milton Blackman recurrió al mejor de los sistemas. Alzó la mano sosteniendo la pistola de Béziers y, tras apuntar un instante, disparó.

Diez metros más allá, René lanzó un berrido cuando la bala que iba dirigida a su cabeza le acertaba de lleno en el hombro derecho… y ello debido a que, al ver a Milton armado, la sorpresa le había hecho reaccionar con sobresaltado gesto.

René lanzó un reniego horrendo, mientras conseguía ponerse en pie y corría a zambullirse entre unos arbustos de flores.

Dentro de la cesta de plástico, Milton decía con una dureza sorprendente en él:

—No he conseguido acertarle en la cabeza…, pero ellos sí nos van a acertar a nosotros si permanecemos más tiempo aquí. ¿Cómo podemos emprender el vuelo, patatita?

—Se…, se pueden soltar las amarras desde tierra… y desde aquí… están sujetando los cuatro ángulos de la cesta.

—Pues suelta tú dos y yo soltaré otros dos.

—Pero ¿estás seguro de lo que quieres hacer, Milton?

—De lo que estoy seguro es de que, si seguimos aquí, esos tres acabarán por matarnos. Porque, hijita, la policía no está haciendo gala de rapidez precisamente. Vamos, suelta dos amarras.

Mireille Monestier se apresuró a obedecer al hombre que amaba. Por su parte, Milton hizo lo mismo, soltando las amarras de las sólidas cuerdas que sujetaban la gran cesta por dos ángulos.

Inmediatamente, y con una cierta brusquedad, el globo comenzó a elevarse. Y para aumentar la irritación de Milton Blackman sobre la policía, en aquel mismo instante comenzaron a oírse sus sirenas acercándose rápidamente.

—¡Maldita sea su estampa! —exclamó el americano—. Vienen ahora que ya hemos emprendido el viaje en globo. ¿Cómo diablos se para esto, patatita?

—Pue… pues yo no sé que pueda… pararse de ninguna manera, Milton.

Éste se asomó por el borde de la cesta y vio abajo apuntando con la pistola hacia el gran globo a Marcel. Sin pensarlo ni un instante Milton se apresuró a disparar, anticipándose a Marcel y provocándole tal sobresalto que lo hizo caer de espaldas al suelo. Y antes de darle tiempo a reaccionar, Milton volvió a disparar contra él, sin preocuparse demasiado en acertarle.

Mientras tanto, se había conseguido lo que a él más le interesaba. Es decir que el globo, en rapidísima ascensión, estaba ya fuera del alcance de los disparos que pudiesen hacerle desde tierra firme… y mientras el globo subía, y subía, y subía, la policía francesa llegaba, por fin, con gran aparato de coches y sirenas a la quinta del *boulevard* Risso.

CAPÍTULO X

—¿Qué hacemos? —preguntó Mireille, mirando con los ojos muy abiertos a Milton.

—¿Y yo qué sé? —refunfuñó éste—. El globo es tuyo, ¿no es así?

—Pe… pero… yo nunca…, nunca había conducido un globo.

—Supongo que no se dice conducir, sino pilotar —frunció el ceño el americano—. De todos modos, debe de haber algún sistema de conseguir que este trasto suba o baje a voluntad. Lo de subir ya vemos que es facilísimo. Veamos si encontramos el modo de bajar.

—Yo creo que eso se consigue mediante una válvula que hay en alguna parte. Pero no sé dónde.

—Pues es lo mismo que saber que tienes hambre, pero no saber dónde encontrar comida. A ver, déjame echar una mirada a esos indicadores.

Mireille Monestier se colocó en el borde de la gran cesta de plástico y se dedicó a mirar hacia abajo. Durante unos segundos estuvo boquiabierta, contemplando maravillada el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. Se volvió hacia Milton Blackman.

—Milton, mira qué bonito.

El escultor le dirigió una mirada y refunfuñó:

—Las mujeres sois verdaderamente oportunas. ¿Qué demonios me importa a mí lo bonito que pueda ser cualquier cosa, si no sé adónde vamos a ir a parar?

—¡Oh, no seas tonto! —Ella le tendió una mano y él se acercó a mirar, también, por el borde de la gran barquilla del aerostato. Ciertamente, el espectáculo de Niza deslizándose bajo ellos era muy agradable y ciertamente, también, inédito, ya que siempre que Milton Blackman había viajado por encima de las ciudades, había sido en los velocísimos aviones, no en un vehículo que a lo sumo

estaba desplazándose a unos quince o veinte kilómetros por hora.

—Desde luego, es un espectáculo simpático —tuvo que admitir Milton—. Y menos mal que estamos volando hacia el mar. Así si este trasto se deshincha y cae, supongo que no nos romperemos ningún hueso.

—Me parece que estamos descendiendo —dijo Mireille.

Efectivamente, parecía que iban perdiendo altura. Milton Blackman cambió la dirección de su mirada hacia el mar y, sin poderlo evitar, notó cómo los pelos de la nuca se le ponían de punta. Ciertamente, el agua estaba considerada como material blando, pero una caída desde más de doscientos metros, contra la superficie del mar, podía resultar perfectamente mortal.

—¡Qué bonito es viajar en globo! —exclamó Mireille.

—Eres una insensata —farfulló el escultor.

—¿Por qué?

—¿No comprendes que, de este modo, nunca sabremos adónde vamos a ir a parar?

—¿Y eso qué importa? —se sorprendió Mireille—. ¿Qué nos importa, a ti y a mí, adónde vayamos a parar si estamos juntos, Milton?

Milton Blackman se quedó mirándola con gesto de pasmo. Luego comenzó a refunfuñar para sí mismo, y se dedicó de nuevo a revisar los controles que, a su juicio, le permitirían hacer descender el globo una vez comprendido su funcionamiento.

Y algo debió comprender porque, pocos minutos después, el globo comenzó a descender lentamente. Mientras tanto, Mireille Monestier, que iba mirando sonriente hacia Niza, que se iba perdiendo en la distancia, no parecía ni poco ni mucho preocupada. Incluso parecía un poco disgustada, cuando dijo:

—Me parece que vienen a ayudamos, Milton.

Éste asomó la cabeza por la cesta y vio la gran lancha que se acercaba velocísimamente al globo, cuya altura sobre el mar era, en aquellos momentos, inferior a los diez metros. De un momento a otro, seguramente entrarían en contacto con el agua.

Milton se dedicó de nuevo a los mandos del aeróstato que regulaban el contenido de aire caliente y así estuvo, hasta que oyó, de pronto, la asustada exclamación de Mireille:

—¡Milton, son los de la fábrica de mi padre!

El yanqui dio un respingo y se apresuró a asomarse. La lancha salvadora estaba tan cerca, que se podían ver los rostros de unos a otros.

Y, en efecto, en la lancha Milton distinguió los rostros de Lavelet y Denis Rémy. Por supuesto, al mismo tiempo éstos le veían también a él y la distancia entre ambos vehículos era tan corta que Milton y Mireille pudieron ver el súbito gesto de furia que apareció en los rostros de los dos hombres, al reconocerlos.

Una furia que se materializó muy rápidamente en los disparos que Lavelet y Rémy comenzaron a efectuar contra el globo.

Es decir, su clarísima intención era acertar con las balas a Milton y Mireille, pero éstos eran mucho más pequeños, más diminutos que la enorme esfera hinchada que seguía navegando, descendiendo continuamente.

Por encima de sus cabezas, Milton y Mireille oyeron los crujidos de las balas y casi en seguida los impactos de otras en el plástico de la gran esfera hinchada. Acto seguido, los fortísimos siseos del aire escapando, y el brusco balanceo de la barquilla.

La cosa no estaba, ciertamente, para tomársela a broma, así que Milton Blackman comenzó a disparar, también, contra la lancha que iba navegando adelantándose y describiendo una curva, como para ir teniendo en todo momento el globo dentro de una serie de círculos. Milton comprendió que, además de Lavelet y Rémy, tenía que haber otro hombre en aquella gran lancha, encargado de pilotarla. Pero no podía ver a nadie en la cabina debido al reflejo del sol en los cristales.

Por lo tanto, y sin más consideraciones, comenzó a replicar al fuego de los dos contrabandistas de drogas, recordando sus buenos tiempos de práctica de tiro al blanco en los que siempre había sobresalido.

Esta vez no estuvo a la altura de su pericia. Falló los disparos… con tan mala fortuna… para Lavelet y Rémy que las balas, en lugar de acertarles a ellos, fueron a dar en el gran cristal parabrisas de la cabina de mando. El cristal no reventó, pero algo debió ocurrir dentro de la cabina, porque la lancha, súbitamente, hizo un gesto extraño, escorando hacia estribor…, mientras Milton Blackman seguía disparando…, siempre con tanta puntería, que para su propio asombro, esta vez, al último disparo de su pistola

precisamente, una bola de fuego apareció en la lancha *Papillón.*

Junto a él, Mireille lanzó una exclamación de espanto y el propio Milton palideció ante el resultado de su último disparo. La lancha, envuelta en fuego y humo, seguía navegando. Desde la cesta del globo, Milton y Mireille estuvieron mirándola hasta que el choque brusco con el agua los derribó, a los dos, en el fondo de la cesta. Cuando se pusieron en pie y buscaron de nuevo la lancha *Papillón*, la fortísima explosión les hizo volver la cabeza en la dirección justa.

Todo lo que vieron fue un gran montón de astillas y miles de diminutos cristalitos que relucían al sol saltando por los aires y esparciéndose por encima del azul mar Mediterráneo.

—¡Dios mío! —gimió Mireille, ocultando el rostro entre las manos—. ¡Dios mío!… Milton Blackman la abrazó y cobijó el rostro de la muchacha en su pecho. Luego se quedó inmóvil y en silencio. Alrededor de ellos todo era silencio y paz. El globo se iba deshinchando y cayendo sobre el mar.

Lo único que podían hacer era esperar.

ESTE ES EL FINAL

Cando la explicación terminó, el profesor Jean Michel Bouthinon consiguió salir de su asombro y, finalmente, volvió la cabeza con un gesto de pesar.

—Desde luego, jamás se me habría ocurrido pensar una cosa así de *madame* Marlén —murmuró—. ¿De modo que estaban utilizando la fábrica Parfums
L’Etóile
para elaborar, en ella, drogas que luego enviaban a Estados Unidos?

—Así es —asintió Milton Blackman—. Por el momento, en pequeñas cantidades para ir organizando una gran red de distribución que, más adelante, abastecerían con el envío de estatuas de mayor envergadura, todas ellas obran de Charlotte Marlén. Naturalmente, los propios grandes distribuidores de drogas en Estados Unidos, se encargarían de adquirir esculturas de Charlotte Marlén simulando que lo hacían por el simple arte, en sí, de cada obra.

—Parece increíble… —Movió la cabeza Bouthinon—. Bueno, ¿qué ocurrió con los criados de la casa que os estuvieron disparando?

—Los dos hombres se resistieron y fueron muertos a balazos. La mujer fue más inteligente, o más débil, que ellos, y se entregó. Gracias a ella, están ahora comenzando a tirar de vina serie de hilos que pueden dar una gran sorpresa en Francia e, incluso, en Estados Unidos.

—¡Qué barbaridad! —Parecía no poder salir de su asombro Bouthinon—. ¿Y los jefes que iban en la lancha y que quisieron

mataros cuando lo del globo?

—Bueno…, de ésos nunca más se ha vuelto a saber. Supongo que algunos peces se entretuvieron recogiendo sus migajas.

—Todo esto es terrible, realmente… ¿Cuánto rato estuvisteis en el mar, hasta que llegó una lancha de la vigilancia costera?

—Apenas dos horas —dijo Mireille Monestier—. Yo tenía mucho miedo, porque después de haber visto la película *Tiburón*, todos tememos que pueda salir un animal tan enorme y devoramos… Por fortuna, estaba allí Milton, que me tranquilizó y me protegió.

—Apuesto a que sí… —dijo el maravillado Bouthinon—. ¿Qué te parece, Mireille? Milton, además de un escultor con un grandioso futuro artístico, nos ha salido un tipo duro, de acción; como esos de las películas de espías y de aventuras peligrosas de toda clase.

—Hombre, no tanto —dijo Milton Blackman, con evidente falsa modestia.

—Me parece que, después de todo esto, está convencido que es poco menos que un supermán —rió Mireille Monestier.

Bouthinon miró con expresión de susto a Milton.

—Pero no vas a dejar la escultura, ¿verdad, muchacho?

—Claro que no. Quiero decir que no de un modo definitivo. Pero sí la puedo dejar durante una temporada, profesor.

—¿Y eso por qué? —se alarmó Bouthinon.

—Pues porque Mireille y yo nos hemos casado, y yo, que pienso instalarme definitivamente en Niza y acudir a diario al estudio de usted para aprender, hemos pensado que antes sería agradable hacer un viaje de luna de miel que recordásemos toda la vida.

—Vaya… Desde luego, estoy de acuerdo con vosotros. ¿Y sabes lo que se me está ocurriendo?

—¿Qué cosa? —exclamaron a la vez Milton y Mireille.

—Pues si yo fuese vosotros, y considerando que no hay que ser desagradecido, haría el viaje de luna de miel en globo. Al fin y al cabo, por lo que he entendido, gracias al globo salvasteis vuestras vidas en la casa de Mireille.

Milton y Mireille se miraron, se guiñaron un ojo, se dieron un breve besito en la boca y luego los dos se quedaron mirando maliciosamente a Jean Michel Bouthinon.

—Gracias por la idea, profesor —dijo Milton—. Pero ya se nos había ocurrido. Precisamente hemos tomado, los dos, unas cuantas

clases para pilotar el globo que fue rescatado del mar y en estos momentos nos está esperando anclado en casa, listo para emprender el viaje. Y le aseguro que, esta vez, no va a ser un viaje de solo unas pocas horas.

—Desde luego que no —dijo dulcemente Mireille abrazándose a Blackman y acercando de nuevo su boca a la de él—. Esta vez vamos a estar viajando, por lo menos, doscientos o trescientos mil años en globo.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…